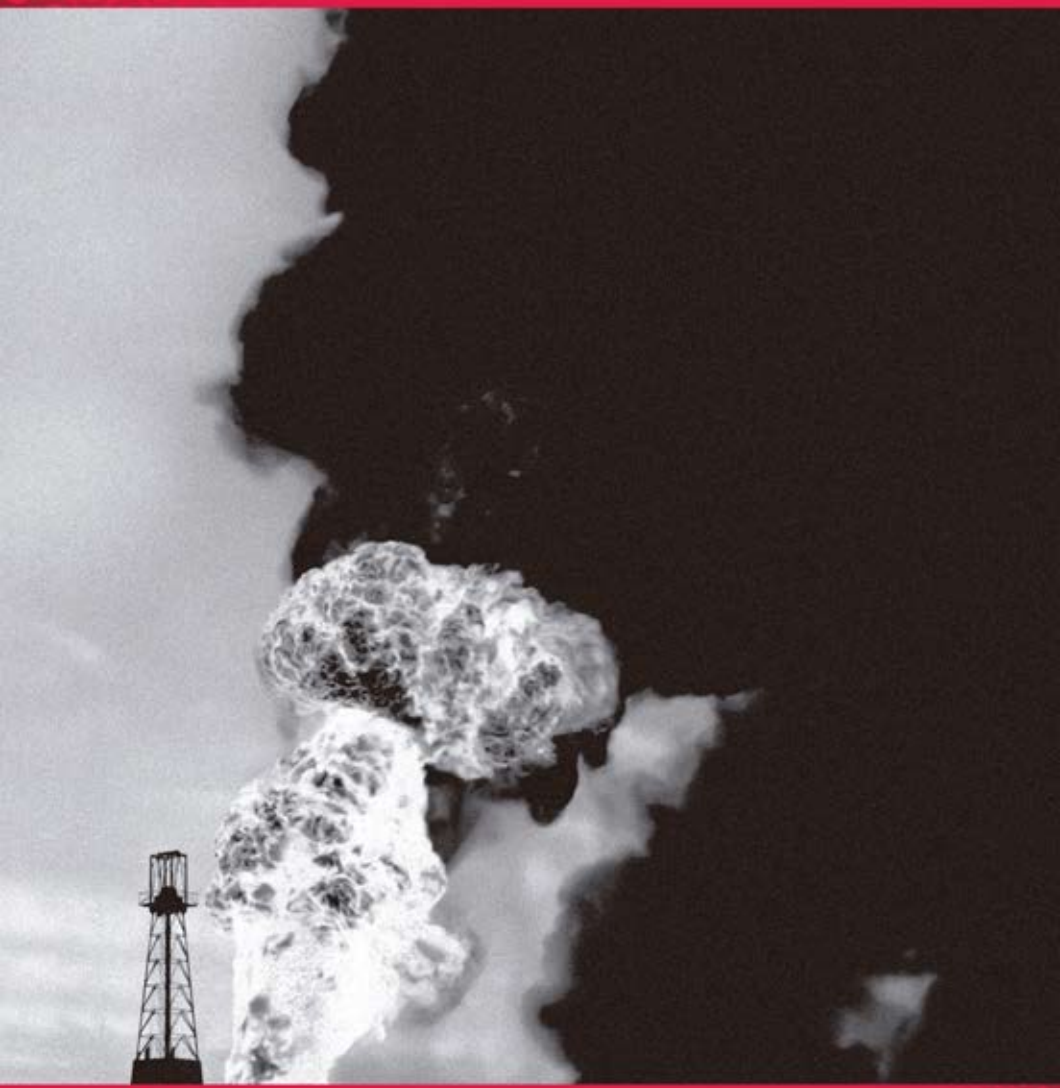
SUEÑO NEGRO

Carla Zambrano Van Bochove



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
LAS FORMAS DEL FUEGO
NARRATIVA



Las formas del fuego

Sueño negro

Carla Zambrano Van Bochove

Sueño negro

Tres generaciones, una promesa

Premio del Concurso para Autores Inéditos
Mención Narrativa, 2025

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Sueño negro
© Carla Zambrano Van Bochove

Edición y diagramación
Ennio Tucci

Montaje de portada
Mónica Piscitelli

Fotografía de portada
Provincial Archives of Alberta, *Una foto en blanco y negro del humo que sale de una tubería* (2023), en Unsplash

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal Nº DC2026001543
ISBN 978-980-01-2672-1

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.
Concurso para Autores lnéditos 2025

VEREDICTO

Nosotros, Armando José Sequera, Sol Linares y Eduardo Mariño, miembros del jurado en el **XIX Concurso para Autores Inéditos "Las Formas del Fuego"** convocada por Monte Ávila Editores en el **género narrativa**, una vez leídos todos los libros participantes, declaramos ganadora a la novela ***Sueño negro***. Tres generaciones, una promesa, firmada con el pseudónimo **El Auditor**.

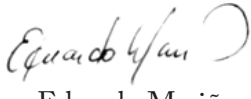
Esta novela, que resalta por su carisma y solidez narrativa de inicio a fin, además de la manera efectiva de fusionar novela y crónica al servicio de una historia cautivadora, cuenta la ruta de Albert Van Bochove, un joven surinamés de la colonia holandesa que llega a Venezuela en la primera mitad de siglo pasado y se convierte en auditor de la Creole. El recorrido existencial de este personaje aporta una mirada sensible sobre los relatos de un país impactado por la dinámica petrolera.

Tras abrir la plica correspondiente, la novela resultó ser de la autoría de **Carla Zambrano Van Bochove**.

En Caracas, a los quince (15) días del mes de junio de 2026.



Armando José Sequera



Eduardo Mariño



Sol Linares

En memoria de Albert Van Bochove (1927–2020)
y de Elba María (1931-2005), que nunca perdió su voz.
En memoria del Lago de Maracaibo que fue cristalino.
En resistencia. En esperanza. En la promesa de que los
manatíes pueden volver.

El manatí

Isla Dorada, 1989

Tengo siete años y estoy en la ventana del apartamento donde vivo, mirando el Lago. El conjunto residencial, construido sobre islas artificiales en la zona norte de Maracaibo, promete un paraíso: piscina, cancha de tenis, playa privada, marina y club. Pero la playa tiene una prohibición estricta pintada en un letrero oxidado: **NO NADAR. NO TOCAR EL AGUA.**

Desde mi ventana veo lo que nadie más parece ver. Un manatí nada entre los canales, su cría pegada a su costado. Es gris y enorme, se mueve despacio. Se pasea entre las manchas tornasoladas que flotan en la superficie de un Lago que parece de veneno.

Yo quiero salvarlo, sacarlo de ahí y llevarlo a un lugar de agua limpia, un sitio donde pueda abrir los pulmones y respirar sin tragar aceites, petróleo ni cloacas. Pero soy una niña de siete años encerrada en un apartamento, y el manatí está allá afuera, nadando hacia su muerte lenta.

Mis padres dicen que no me acerque al Lago. Que está contaminado y que si me meto me puede dar una infección. Mi papá va a veces a broncearse a lo que él llama "Cayo Pelón", una franja de arena sin palmeras que le recuerda al cayo de Chichiriviche, pero sin el mar paradisíaco. Se acuesta bajo el sol, leyendo el periódico, mientras yo lo miro desde el

único pedazo de sombra que logro encontrar, y no entiendo por qué puedo ver el agua, pero no puedo tocarla.

Una madrugada, una explosión rompe el silencio. El estruendo me despierta. Es un sonido profundo y subterráneo, como si la tierra se hubiera roto. Mis papás corren a la ventana. Desde ahí no se ve nada, solo oscuridad. En la mañana, cuando bajo a la playa con mi hermano, la orilla se ha convertido en un cementerio.

Miles de peces están muertos, con los estómagos inflados y saturados de crudo negro. Los recogen con palas, los echan en bolsas industriales, los llevan en camiones que vienen y van toda la mañana. El olor es insoportable: a pescado podrido, a químico quemado, a muerte.

Me agacho y recojo algo de la orilla, es un grumo. Lo aprieto entre mis dedos, es gomoso y negro. Se deforma y mancha mi piel. Es petróleo, me dice mi hermano.

Esa noche, desde mi ventana, busco al manatí. Busco durante días, recorro cada centímetro del canal con la mirada, pero no lo vuelvo a ver. Pienso que tal vez encontró otro Lago más limpio o simplemente murió intoxicado después de tragar tanto petróleo.

Mi abuelo Albert me cuenta historias del Lago cuando era cristalino. "Podías ver tus pies en el fondo", dice, sentado en su sillón marrón en Caracas. "El agua era clara, parecía una esmeralda brillante. Como una piscina gigante."

Yo lo escucho con atención.

"Te lo juro, Curly. Era hermoso. El Lago más hermoso del mundo."

Este libro es esa historia.

Parte I: Albert-o (Bienvenido a Maracaibo)

Grano de Oro y el Coquivacoa

Maracaibo, 1944

Albert tiene diecisiete años y una maleta de cuero negra con sus únicas pertenencias: dos mudas de ropa, una camisa blanca de manga larga para ocasiones especiales, un par de zapatos de vestir envueltos en papel periódico, una fotografía de su madre y sus hermanos tomada en Paramaribo, y una carta de su tío Enry con la dirección de Cabimas escrita en tinta azul descolorada.

La maleta pesa cinco kilos exactos y es lo único que tiene en el mundo.

Es 1944 y llega al Aeropuerto Grano de Oro de Maracaibo. El calor lo golpea como una pared húmeda apenas baja del avión. Huele a combustible mezclado con algo dulce que no identifica —mangos maduros pudriéndose en algún rincón del aeropuerto— y se pierde entre el murmullo de un idioma que no entiende, aunque el voseo y el golpe de algunas palabras le resultan vagamente familiares por el papiamento.

Los altavoces crujen.

—Señor Alberto Van Bochóve, presentarse en migración.

Él no se mueve. No reconoce ese nombre.

—Señor Alberto Van Bochóve, presentarse en migración.

Pasa casi una hora. Un oficial lo encuentra sentado en una banca de madera, sudando a través de su camisa blanca de manga corta, aferrando la maleta de cuero entre sus piernas.

—¿Vos sois Alberto Van Bochóve? Llevamos rato llamándote.

Albert intenta explicar en neerlandés.

—*Mijn naam is Albert Van Bochove.*

El oficial observa el pasaporte. Mira ese apellido que le resulta un trabalenguas y sonríe.

—Mirá, mijo. Vos ya no te llamáis así. Vos te llamáis de ahora en adelante Alberto Van Bochóve. ¡Bienvenido a Maracaibo!

Su tío Enry, hermano de su padre, lo espera afuera del terminal. Ya tiene ocho años viviendo en Venezuela trabajando en la industria petrolera, específicamente con la Standard Oil y, desde 1943, con la recién constituida Creole Petroleum Corporation. Está casado con Francisca, una mujer trujillana de manos siempre ocupadas y carácter amable, con la que ya tiene cuatro hijos nacidos en seguidilla.

Cuando lo ve no lo reconoce. Albert se ha dado un estirón y ya no es el niño pequeño que dejó en Paramaribo. Albert sí lo identifica de inmediato, es su tío más cercano, y siempre leía las cartas que él enviaba junto a su papá.

—Tío Enry, soy Albert —lo saluda en neerlandés.

Enry se sacude la nostalgia y le da un fuerte abrazo de bienvenida que huele a tabaco y sudor.

Van al muelle de Maracaibo para embarcarse en el ferry Coquivacoa. Todavía no existe el puente General Rafael Urdaneta, solo el Lago; inmenso, imposible de abarcar con la mirada.

Es la primera vez que Albert aborda un ferry. Se para en la cubierta como quien no quiere perderse ni un minuto del recorrido. La maleta de cuero negro descansa a sus pies, amarrada con un cordón a su tobillo por si acaso.

El agua se extiende más allá del horizonte. Verde jade donde da el sol e índigo en las sombras, tan brillante que parece vidrio recién pulido.

Las plataformas petroleras descansan desparramadas por toda la superficie. Parecen arañas metálicas bebiendo del subsuelo.

Albert las mira con asombro. Enry sigue su mirada.

—Ese petróleo no se queda aquí —le dice en neerlandés—. Los tanqueros lo llevan a Aruba y Curazao.

Albert conoce estos nombres, son territorios coloniales holandeses, como Surinam. Su tía Cornelia, hermana de su papá, vive en Willemstad con su esposo e hijos.

—¿Por qué? Pregunta con curiosidad.

—Allá están las refinerías. Aquí solo lo sacan y allá lo convierten en gasolina.

Enry suelta una risa cortante e irónica, desprovista de humor.

—Y después nos venden la gasolina más cara.

Enry también le cuenta que el paraíso que ve había sido, muy recientemente, campo de batalla. Dos años antes, submarinos nazis torpedearon siete tanqueros en esas mismas aguas en una sola noche. El petróleo del Lago era objetivo de guerra.

El ferry avanza despacio. Una garza blanca vuela cerca, casi rozando la superficie. La brisa es salitrada, aunque el agua es dulce, se siente la cercanía del Mar Caribe. El ambiente huele a gasoil mezclado con pescado fresco.

A lo lejos, la silueta de Cabimas emerge: más torres de perforación, tanques de almacenamiento como hongos blancos gigantes y estructuras industriales arropando casi toda la bahía.

Enry señala con su dedo índice.

—Esa es Cabimas.

Cabimas aparece entre la tarde que se oscurece. Las calles son de tierra rojiza y los cocoteros gigantes bailan al son de la brisa. Hay algunas vías asfaltadas donde transitan los camiones petroleros y la mayoría de las casas son de adobe y techos de paja. También hay edificios nuevos de concreto pintados de blanco y las estructuras petroleras que cruzan toda la ciudad: torres que parecen esqueletos rezando al cielo y tuberías que serpentean conectando pozos con refinerías.

Y los mechurrios, docenas por todas partes. Parecen llamas eternas quemando el gas sobrante e iluminando la noche con la misma intensidad de un sol artificial.

El ruido es constante: *Pum-pum. Pum-pum*. Son los balancines extrayendo petróleo del subsuelo.

La casa de Enry y Francisca está en Campo La Rosa. Son viviendas de madera pintadas de blanco y techos de zinc que reflejan el sol como espejos ardientes. Todas tienen pequeños porches con mecedoras donde los viejos se sientan a fumar en las tardes y fueron construidas por las compañías petroleras para sus obreros, modestas pero dignas. Cada una tiene dos habitaciones y cocina, también un baño pequeño y un patio trasero donde la gente siembra cambures, plátanos y algo de cilantro.

Dentro huele a comida recién hecha. Un bocachico frito con arepas recién asadas.

Francisca está en la cocina. Sus cuatro niños gritan y juegan a su alrededor. El más pequeño tiene dos años y gatea entre las piernas de su madre. La mayor, de siete años, mira a Albert con curiosidad mezclada con desconfianza.

—¿Quién es este muchacho flaco que habla raro? —pregunta, acercándose a la oreja de su padre.

La casa está llena de gente, es ruidosa y se siente la energía viva hasta en las paredes rayadas por los niños.

Francisca se acerca a Albert. Lo mira de arriba abajo y le da un beso en la mejilla, mientras lo estruja con un abrazo cálido que huele a comino y sudor.

Habla en español, palabras que él no entiende, aunque habla papiamento, pero el tono no necesita traducción.

Le muestran su cuarto. Un espacio improvisado, con un catre con colchón delgado y una silla de madera con el respaldo quebrado. Un clavo en la pared que sirve de perchero y la ventana que da al patio trasero. Más allá: las estructuras petroleras y los mechurrios ardiendo contra el cielo oscuro por toda la ciudad.

—Es tuyo mientras lo necesites —dice Enry en neerlandés.

Albert deja la maleta sobre el catre y se sienta. Los resortes crujen por el óxido. El cuero de la maleta aún está caliente por el viaje y la acaricia con la palma de la mano como si fuera su perro fiel.

Esa primera noche, Albert no puede dormir. Recuerda a sus padres y hermanos en Paramaribo. Sobreviviendo en una colonia holandesa con profundas dificultades económicas, con un sistema de castas donde él —mestizo, hijo de padre holandés y madre con apellido alemán mezclado con sangre negra— nunca será completamente aceptado.

Piensa en su abuelo Jacobus y la historia que le contó cuando era niño: un soldado de Rotterdam que cruzó el Atlántico en barco para servir a la corona holandesa en Surinam, una colonia tropical que nunca había visto ni en fotografías, y en los hombres de su familia que cruzaron océanos y construyeron hogar lejos de sus tierras. Él acaba de cruzar el Lago de Maracaibo y algo le dice que su destino será el mismo.

Se levanta y sale al patio trasero.

El cielo está negro y las estrellas luchan por brillar contra la luz de los mechurrios que nunca se apagan. El corazón de Cabimas late bajo sus pies con fuerza.

Respira hondo. Siente el aire entrar por sus pulmones, huele a petróleo, a tierra mojada y a flores nocturnas.

Un muchacho grita algo en la calle y otro le responde. Las risas rebotan contra las paredes de zinc. Albert no entiende las palabras, pero las risas le llegan claras.

Se queda parado ahí, admirando el panorama.

El primer trabajo y los domingos en el Lago

Cabimas, 1944

Los primeros meses vive con Enry, Francisca y los niños. La casa es pequeña y hay poco espacio, son siete personas en dos habitaciones. Los niños duermen en un cuarto, Enry y Francisca en otro, Albert en el catre del pasillo que sirve como cuarto improvisado.

Las primeras noches duerme mal, le cuesta adaptarse a la nueva vida. Come lo que Francisca cocina: arepas con queso blanco en el desayuno, arroz con caraotas y carne mechada en el almuerzo, sancocho los domingos.

Sale a caminar por Cabimas intentando entender esta ciudad en expansión que late con ritmo de balancines. Las calles son anchas y polvorientas. Las mujeres y los viejos se sientan en las puertas de sus casas y se abanican con periódicos doblados, mirando pasar la vida. Los niños juegan descalzos con balones de trapo, driblan a los hombres con cascos amarillos y botas negras manchadas de crudo que caminan hacia las instalaciones petroleras.

Las gallinas andan libres, picoteando en los patios. El verdor violento de la vegetación tropical de Cabimas trepa por las paredes.

Dos semanas después de llegar, Enry le consigue trabajo. La Creole Petroleum Corporation necesita alguien que entrene a los hijos de los trabajadores petroleros. Los niños

pasan las tardes corriendo sin supervisión, metiéndose en problemas, jugando entre las tuberías y los tanques donde no deberían estar. La compañía decide formalizar un programa deportivo de fútbol, para disciplinar a los muchachos y mantenerlos ocupados lejos del ocio.

El sueldo es modesto, pero incluye un beneficio crucial: la compañía le pagará un curso de español al cual deberá asistir dos veces por semana después de los entrenamientos. Las clases se dictan en una de las aulas que la Creole construyó para los hijos de los trabajadores.

El primer día de entrenamiento llega nervioso. No habla español todavía. ¿Cómo va a entrenar niños si no puede darles instrucciones?

El papiamento que trae en el oído desde Paramaribo le sirve de brújula y muchas palabras le resultan familiares.

En el Campo La Rosa hay un terreno baldío que sirve de cancha de fútbol improvisada con arcos de tubos metálicos oxidados. Treinta niños, entre seis y doce años, gritan y corren descalzos, la mayoría quemados por el sol.

Albert saca un balón y lo coloca en el centro. Señala, suena el pito y patea. Los niños entienden. Grita: "¡Aquí! ¡Patea! ¡Corre! ¡Toca!"

Y aunque su pronunciación es terrible —esa 'r' suave que nunca será erre venezolana— los niños entienden.

Ellos le enseñan las bromas zulianas. El acento que sube y baja como ola. Las palabras que todo zuliano usa en cada conversación: chévere y arrecho, vergación, pajuo, mollejúo. Y también las expresiones populares: ¿Cómo estáis, primo? ¡Ajá pué, mijo! ¡Dale, pué!

Albert empieza a hablar como zuliano. No perfecto, pero lo intenta con paciencia y práctica en cada momento.

Los niños se ríen.

—Primo, vos habláis raro. Pero te entendemos.

Seis meses después, Albert habla español con fluidez suficiente para sobrevivir. Tiene una gran habilidad para aprender idiomas y ya no traduce en su cabeza antes de hablar. Las palabras le salen directas, con acento, con errores, pero le salen. Su prosodia sigue anclada en su idioma natal. Esa 'r' suave. Ese ritmo neerlandés debajo del español.

Tres meses después de empezar como entrenador, Albert se muda a las barracas de La Rosa Vieja. Un barrio de solteros y obreros jóvenes. Aquí no importa de dónde vengas si trabajas duro.

Albert comparte cuarto con otro trabajador curazoleño llamado Guido. Tienen dos catres, una mesa y un lavamanos con agua fría.

Cuelga su ropa en el mismo clavo donde antes colgaba la ropa otra persona y guarda la maleta de cuero negro debajo del catre. Ya no la necesita todos los días, pero tampoco puede deshacerse de ella.

Los domingos va al Lago con Enry, Francisca, los niños y algunos amigos: Marcos Chacón, Julio Andrade, Edgar Egui, Vicente Monascal, entre otros.

Llegan temprano y buscan un claro entre las palmeras para montar el fogón con piedras, leña y ramas secas. Preparan sancocho con bastante yuca, plátanos verdes, jojotos, pollo y un toque de cilantro. Todo en una olla gigante sobre el fuego.

Mientras cocinan el sancocho, se meten al Lago. El agua es esmeralda y la temperatura es fresca. No es fría ni caliente. Es… perfecta. Refrescante sin ser helada, como si el Lago los cobijara con la temperatura exacta.

Albert se mete hasta la cintura. Puede ver sus piernas bajo la superficie, ligeramente distorsionadas por la refracción, pero visibles. Un pez plateado pasa cerca de su rodilla y otro más grande, de escamas doradas, nada entre sus pies. La arena es fina y suave, sin piedras ni basura.

Albert flota boca arriba. Mira el cielo azul sin nubes y escucha las risas de los niños chapoteando. Las voces de los hombres que gritan bromas desde la orilla, el cuchicheo de las mujeres y el crepitar del fogón donde hierve el sancocho.

Después de nadar, se sientan en unos troncos de palmera para comer. El sancocho está casi hirviendo. Albert se quema la lengua con el primer bocado, pero está delicioso. Con el punto justo de sal y especias. El caldo es sustancioso y el pollo se deshace en la boca, la yuca es tierna y los jojotos dulces.

—¿Te gusta? —pregunta Francisca.

Albert entiende la pregunta. Asiente con entusiasmo.

—Sí. Está demasiado sabroso.

Enry lo mira y sonríe.

Marcos Chacón grita desde el dominó:

—¡Enrique! ¡Vení a jugar!

Enry se levanta sin que le llame la atención.

Albert lo mira extrañado.

—¿Enrique?

—Aquí me dicen así —responde Enry, sentándose con las fichas—. Desde que llegué, a estos Enry les sonaba raro.

Una pausa.

—Igual que a vos te dijeron Alberto en el aeropuerto.

Albert procesa eso. Dos hombres de la misma familia con los nombres cambiados en el mismo país.

Albert juega bien al dominó. En Paramaribo jugaba con su padre y hermanos, así que conoce bien las estrategias. Sabe cuándo trancarse y cuándo arriesgar. Gana la primera partida en dupla con Enry.

Marcos Chacón lo mira con respeto mezclado con sorpresa.

—Coño, primo, vos sabéis.

Quiere la revancha, pero cae la noche y tienen que empezar a recoger. Mañana hay que ir a trabajar.

Cuando se despiden, lo invitan nuevamente:

—Vení el próximo domingo.

No es una pregunta, es una invitación permanente.

Albert asiente.

—Vengo.

Y lo dice en español con naturalidad.

La noche cabimera

Cabimas, 1945

Los viernes después del trabajo son diferentes. Chacón y Vicente lo invitan a un bar cerca de La Rosa Vieja.

—Vení, primo. Vamos a beber. Tenéis que salir. No podéis quedarte encerrado como una vieja.

El bar es un rancho de madera con techo de zinc y mesas también de madera. La música sale de una *rockola*. Los hombres beben cerveza Zulia bien fría mientras pican fritangas y maní tostado. El lugar huele a tabaco y sudor.

Albert pide una cerveza. Luego otra. Y otra más. Es la primera vez que toma esa bebida.

—Te va a gustar —le dice Vicente—. Dale con calma pa que no te rasquéis.

La música es diferente a lo que conoce. Una mezcla de ritmos caribeños, con gaitas zulianas y merengues, joropo y hasta tango. Todo se mezcla en una parranda epiléptica de sonidos que no para hasta el amanecer.

Un hombre pone una canción de Gardel. Chacón se emociona.

—Cabimas es tan arrecha —dice— que hasta el mismo Carlos Gardel cantó en el teatro de la ciudad en su última gira antes de morir.

Albert disfruta el sentimiento de cada tonada, aunque no conoce a Gardel.

Hay mujeres hermosas. Algunas trabajan en la petrolera, otras son del pueblo. Se ríen con los hombres y coquetean sin disimulo. Albert se embelesa. Una morena de falda ajustada le sonríe. Él le devuelve la sonrisa. Bailan, aunque él tiene dos pies izquierdos.

Un mechurrio arde sobre los techos de zinc a dos cuadras del bar. La llama anaranjada se enciende contra el cielo negro. Albert lo mira desde su silla, con la cerveza todavía fría en la mano, y piensa en Paramaribo.

Cabimas no es perfecta. Huele a combustible, a fritanga, a sudor de obrero y a caño abierto. El calor no da tregua ni de noche. Los viernes terminan demasiado rápido y los lunes llegan demasiado pronto.

Los viernes se vuelven su ritual secreto.

Las gringas y el Imperio

Cabimas, 1945

En 1945, un año después de empezar como entrenador de fútbol, la Creole le ofrece a Albert una nueva posición. Específicamente: chofer de las esposas de los gerentes estadounidenses.

Mejor sueldo que entrenador y acceso al comisariato de empleados donde puede comprar productos importados a precio reducido. Un Chevrolet negro impecable que debe mantener limpio como espejo y otro curso pagado por la compañía. Esta vez de inglés, para que nivele el que trae de base desde Paramaribo

El primer día se presenta en Campo Hollywood. No el Hollywood de los obreros venezolanos como él, sino el de los estadounidenses.

Campo Hollywood —el de los gringos— parece un pedazo de Texas trasplantado al trópico. Casas grandes de madera pintadas de blanco con porches amplios, cercas y jardines cuidados. Grama verde regada todos los días y palmeras perfectamente podadas. Aire acondicionado zumbando en cada ventana.

Las calles están pavimentadas, limpias y sin huecos. Las aceras son caminos cuidadosamente diseñados, anchos y planos, con plantas exóticas y árboles que dan sombra.

Hay un club social con piscina, cancha de tenis, salón de baile y un comisariato donde venden productos importados

que solo pueden pagar empleados de la Creole y que no existen en ninguna bodega venezolana.

Los hijos de los estadounidenses asisten a escuelas creadas especialmente para ellos, con maestros americanos y libros en inglés.

También hay un cine y los sábados se proyectan películas americanas: *westerns,* musicales de Fred Astaire, comedias de Abbott y Costello. Todo en inglés y sin subtítulos. Albert va a veces y se sienta en las últimas filas con otros empleados como él. Su inglés mejora viendo a John Wayne galopar por pantallas que reproducen desiertos de Arizona, tan diferentes al verde violento de Cabimas. Los niños venezolanos en las primeras filas gritan en español a los *cowboys* que hablan en inglés y se ríen de chistes que no entienden. Sin embargo, aplauden cuando ganan los buenos.

Campo Obrero —donde viven los trabajadores venezolanos— no tiene nada de eso. Casas modestas de madera o adobe, calles de tierra y agua corriente limitada. Sin nada de lo que tiene el campo de los gringos. Los hijos de los obreros venezolanos van a escuelas públicas sobrepobladas, cuando van. Muchos tienen que empezar a trabajar antes de ser adultos. Las esposas de los obreros venezolanos no tienen empleadas domésticas, lavan la ropa de toda la familia a mano y cocinan en fogones de leña.

Albert habita entre ambos mundos. Vive en La Rosa Vieja con los obreros. Trabaja en Campo Hollywood conduciendo gringas, un fantasma con acento neerlandés conduciendo un Chevrolet negro entre dos universos que nunca se tocan.

Su trabajo es simple: recoger a Mrs. Thompson, Mrs. Peterson, Mrs. Miller —las esposas de los ingenieros y gerentes estadounidenses— y llevarlas donde necesiten ir. Al

comisariato o a Maracaibo de compras, también las lleva al club social y a visitar a las amigas en otros campos petroleros.

Ellas se sientan atrás y hablan en inglés. A veces olvidan que él está ahí y lo tratan como parte del carro, un accesorio útil que conduce y carga paquetes.

Albert escucha con atención y aprende que Mrs. Thompson extraña Houston. Que Mrs. Peterson odia el calor. Que Mrs. Miller se queja de que las empleadas venezolanas no hablan inglés y no saben preparar hamburguesas como las de Estados Unidos. Aprende que, para ellas, Venezuela es un inconveniente temporal, un lugar donde sus esposos ganan buen dinero, pero donde ellas cuentan los días hasta regresar "a casa".

Un lunes, Albert lleva a Mrs. Thompson y dos amigas a Maracaibo. Van de compras, necesitan telas finas importadas para hacerse nuevos vestidos, perfumes franceses y zapatos italianos para combinarlos.

Albert las espera afuera de una tienda en la Calle Carabobo. Estaciona el Chevrolet bajo el sol ardiente de la ciudad. Suda a través de la camisa blanca de chofer que la compañía exige que use. Se quita la chaqueta y enciende un cigarrillo.

A su lado, un vendedor ambulante vende empanadas y jugos de naranja.

—¿Jefe, queréis una?

—Sí, dame una.

—¿De carne o de queso?

Albert escoge la de carne, es su favorita. A la empanada le sale humo con cada mordisco. Está crujiente y deliciosa. Hecha esa mañana por la esposa del vendedor, cuesta apenas centavos, nada que ver con la comida del club social donde las gringas almuerzan, pero infinitamente mejor.

Mientras come, observa a las gringas a través de la vitrina. Ríen, tocan telas y se prueban sombreros finos. Viven en una burbuja perfecta donde el calor no las agobia, el polvo no las ensucia, la realidad venezolana no las alcanza.

El hombre de los números

Cabimas, 1948

En 1948, dos años después de empezar como chofer, Albert recibe una llamada a la oficina de recursos humanos. El gerente —un estadounidense de apellido Peterson que vive en Campo Hollywood y cuya esposa Albert conduce dos veces por semana— lo mira con una mezcla de aprobación y cálculo.

—Albert, tu trabajo ha sido excelente, pero tenemos otra posición. Algo mejor para ti.

La Creole necesita gente con habilidad numérica y comunicativa en el departamento de auditoría.

Es la época de la consolidación de la Ley de Hidrocarburos, el *fifty-fifty* que obliga a las compañías a repartir las ganancias con el Estado venezolano.

Albert combina ambos talentos: números e idiomas.

—La compañía te pagará un curso por correspondencia en auditoría. Toma dos años. Si lo completas, te movemos de chofer a asistente administrativo. De ahí, si demuestras capacidad, puedes llegar a ser auditor.

Esa noche, Albert escribe una carta a su madre en Paramaribo, sentado en el catre de La Rosa Vieja, con una vela encendida porque la electricidad se fue hace dos horas.

La Creole me pagará los estudios, escribe. Venezuela me da oportunidades que Surinam nunca me dio.

Los siguientes dos años, Albert trabaja más duro que nunca. De día: conduce gringas en su Chevrolet negro impecable, con su camisa blanca siempre planchada y almidonada. Silencio cortés y sonrisa cuando es necesario. De noche: estudia auditoría por correspondencia con libros gruesos que llegan por correo desde Caracas. Responde exámenes que envía de vuelta y que regresan semanas después con calificaciones excelentes.

Los domingos siguen siendo del Lago, eso nunca lo sacrifica. El agua verde jade, la brisa fresca, el sancocho con los amigos y el dominó.

Y en 1950, cuando completa el curso, la Creole cumple su promesa. Lo ascienden a asistente administrativo en el departamento de auditoría de pozos petroleros.

Ya no tiene que conducir gringas bajo el sol. Ahora tiene un escritorio propio en una oficina con aire acondicionado, pilas de papeles con números de producción, reportes de pozos que llegan de todo el Zulia. Su trabajo es llevar las cuentas, sumar barriles y revisar que las cifras de cada pozo coincidan con las del mes anterior. Aprende los nombres: Mene Grande, Tía Juana, Lagunillas, Bachaquero.

Los ingenieros estadounidenses hablan de presión de pozos, de viscosidad del crudo, de rentabilidad. De lo que no hablan —y Albert empieza a notar— es del resto: las tuberías que gotean crudo, los tanques oxidados, los mechurrios quemando gas tóxico sobre el Lago. Veinte años antes de que Albert llegara a Cabimas, el cónsul estadounidense ya describía sectores de la cuenca con agua cubierta de crudo, palmeras dobladas por el peso del petróleo acumulado. Nadie lo menciona en las reuniones. La producción continúa. Albert traduce cuando hace falta.

Una tarde, alguien de la oficina avisa que en el cine del club social van a pasar una película de la compañía. *People*

& Petroleum: The Story of Creole in Venezuela. Albert va con otros empleados. La sala está oscura, huele a cotufas y a colonia barata. En la pantalla, imágenes en color: pozos perforando, tuberías brillando bajo el sol, trabajadores con cascos amarillos que sonríen a la cámara.

Una voz grave, en inglés con subtítulos en español, dice: "Más de dos mil pozos petroleros llegando casi al horizonte. Pueblos completos construidos con carreteras conectadas. Escuelas operadas por la compañía. Una firma de negocios americana que se ha vuelto parte integral del progreso social y económico de la nación."

Albert mira las imágenes: niños uniformados saliendo de una escuela nueva, enfermeras blancas en un hospital limpio, trabajadores con overoles impecables almorzando en una cantina moderna. Música orquestal de fondo muy emotiva y triunfal.

A su lado, un compañero venezolano susurra:

—Bonito, ¿no?

Albert asiente orgulloso. Por primera vez en su vida, es parte de algo grande.

Gana más de lo que su padre ganó en toda su vida en Paramaribo, incluso más que su tío Enry. Puede mudarse de La Rosa Vieja a una casa propia en Campo Hollywood, no el Hollywood de los gringos, sino el de los empleados venezolanos ascendidos. Casas modestas, pero dignas, con todos los servicios estables y agua corriente veinticuatro horas.

Dushi

Cabimas, 1950

Un domingo después del sancocho en el Lago, Albert camina por la avenida Gasplant. Una muchacha asomada en la ventana de una casa le grita:

—¡Ey, musiú! ¿Estáis perdido?

Albert se detiene, la mira. Es bajita, cara dulce, pero esa voz —gruesa, ronca, como si fumara desde los doce— no corresponde con su apariencia.

—No estoy perdido —responde en su español todavía imperfecto.

Ella se ríe.

—Pues camináis como perdido.

Albert sonríe.

—¿Cómo te llamáis vos?

—Elba María. ¿Y vos?

—Albert. Alberto.

—¿Albert o Alberto? Decidí, pues.

—Los dos. Depende de quién pregunte.

Ella lo mira.

—¿Trabajáis en la Creole?

—Sí. Auditor.

—Ajá. ¿Y sois fiestero?

—Los viernes sí.

Elba se ríe fuerte. Una risa que llama la atención de los vecinos.

—Me caíste bien, musiú. Vení mañana, a la misma hora.

Albert vuelve al día siguiente después del trabajo. Cada vez que termina su turno se da un paseo por Gasplant para ver a Elba en su ventana.

Hablan de todo. Elba cuenta chistes que hacen sonrojar hasta a los hombres del petróleo. Enciende un cigarrillo, fuma mientras habla con una habilidad elegante. Se burla de él y de su acento. De cómo pronuncia algunas palabras. Aunque también lo escucha y le pregunta por su vida, por su ciudad de origen y por su familia.

Albert le cuenta que Paramaribo es una colonia holandesa de madera y contrastes. Las casas blancas de los holandeses en el centro histórico, con sus balcones y sus rejas ornamentadas, construidas para durar siglos. Los barrios de los trabajadores de la bauxita más afuera, más humildes, más precarios. Y en el medio, el barrio de los mestizos, ese espacio que no pertenece completamente a ninguno de los dos mundos.

—¿Y vos dónde vivías?

—Yo vivía en el centro de Paramaribo. Mi padre y abuelo son militares de la colonia holandesa; *macambas*, aunque mi madre es mestiza.

—¿*Macambas*? ¿Qué es eso?

Albert se ríe.

—Es un término en papiamento que utiliza la gente del río para referirse a los blancos de la metrópoli, hijos de la ley holandesa. Alguien que se ve limpio, aunque el calor de la colonia lo estuviera derritiendo.

—¿Y por qué le dicen la gente del río?

—La gente del río son los *marrons*, descendientes de los africanos que escapaban de las plantaciones holandesas, donde trabajaban como animales, y se internaban en la

selva profunda. Viven en sociedades libres a lo largo del río Surinam, del Saramacca o el Cottica.

Elba se acomoda mejor en la ventana y se sienta de costado para apoyar su espalda sobre la pared. Apaga el cigarrillo contra el cenicero.

—Y vos, ¿dónde quedabas en ese orden? —pregunta—. ¿Arriba, abajo o en el medio?

Albert duda un segundo.

—En el medio. Pero sin pertenecer del todo a ninguno de los dos lados. Demasiado mezclado para los *macambas*. Demasiado blanco para los del río.

Elba lo mira.

—Musiú, eso que me estáis contando lo entiendo perfectamente. Aquí en Cabimas pasa lo mismo. Si no eres empleado de la Creole, no eres nadie. Y si eres empleado pero venezolano, tampoco eres del todo nadie. Ganas menos que los trabajadores de otras nacionalidades.

Enciende otro cigarrillo. Aspira profundamente. Suelta el humo despacio.

—Vos y yo somos iguales. Ninguno pertenece completamente a ningún lado.

Albert no responde.

Elba continúa.

—¿Y la bauxita? ¿Qué es eso?

—La bauxita es el petróleo de Surinam. Allá lo opera la Aluminium Company of America, Alcoa, que tiene años extrayendo eso. Es como la Creole de aquí. Cuando llegó la Segunda Guerra Mundial y los nazis invadieron Holanda, Surinam se volvió estratégico: sin bauxita surinamesa no hay aluminio, sin aluminio no hay aviones. Cuando yo tenía catorce años, mil soldados americanos llegaron a Paramaribo para proteger las minas y fue un desastre para nosotros.

Elba de inmediato nota el paralelismo con su propia ciudad y la llegada de los gringos tras el descubrimiento del petróleo.

—¿Y qué pasó después?

—La ciudad cambió de la noche a la mañana. Los precios de la comida se dispararon de una manera inaguantable. Eso hizo que la gente especulara y se creara un mercado negro con los productos básicos, al que solo podían tener acceso los que tenían dólares americanos.

Albert recuerda las colas en su ciudad. Su madre estirando lo que había para que alcanzara para todos y su padre volviendo del trabajo con la cara de quien sabe que las cuentas no van a cuadrar ese mes.

Elba asiente. Entonces pregunta:

—¿Y decime, vos dejaste novia por allá?

A Albert se le ponen los cachetes rojos.

—Tuve un par de novias. Pero nada serio. Entre la escuela y los oficios para ayudar a mis padres no tuve tiempo para enamorarme.

Él también le pregunta sobre ella. Y Elba le cuenta que vive en esa enorme casa con sus padres, Patricio y Manuela, y con sus hermanos Enrique, Blanca y Elena. Que su padre es hijo de trinitarios y que es obrero en los pozos.

Elba tiene diecinueve años. Piel canela, lisa y hoyos perfectos en las mejillas cuando sonríe. Ese acento zuliano melodioso que sube y baja como ola.

Tres meses después, Albert le dice:

—Quiero casarme con vos.

Elba suelta el humo del cigarrillo despacio. Lo mira de arriba abajo.

—¿Sabéis que soy arrecha?

—Sí, ya sé.

—¿Y que no voy a dejar de ser así solo porque nos casemos?

—No te estoy pidiendo que cambiéis. Vos me gustáis como sois.

Elba apaga el cigarrillo contra el borde de la ventana.

—Te voy a decir una vaina. Si me vais a engañar con mujeres después, mejor no nos casamos.

—Vos sois la que quiero en mi casa.

—Está bien. Vamos a casarnos. Pero tenéis que pedirle permiso al padre mío.

Se dan la mano para sellar su acuerdo.

El cortejo dura poco y se casan en diciembre de 1950 en una pequeña iglesia de Cabimas. La boda es íntima, solo asiste la familia y los amigos cercanos. Elba lleva vestido blanco de encajes ceñido al cuerpo y un velo largo sujetado con un cintillo. Albert lleva traje negro que compró especialmente para la ocasión con su primer sueldo de auditor.

Después de la ceremonia, hacen sancocho en la orilla del Lago. El agua sigue cristalina y verde esmeralda. La tarde cabimera les regala una brisa fresca que sopla constantemente.

Comen la comida que hacen Francisca y Manuela, beben las frías que llevan los muchachos y bailan al son de un cuatro. Ríen hasta que oscurece y los mechurrios se encienden contra el cielo.

Albert mira a Elba, ahora su esposa, y piensa: esto es lo que vine a buscar. No solo trabajo o dinero. Sino familia, pertenencia, raíces, un hogar donde ser feliz.

La abraza.

—*Dushi* —le dice en papiamento.

Elba no entiende la palabra todavía.

—¿Qué es *dushi*?

—Significa amor en papiamento. Eres mi *dushi*.

Elba sonríe sonrojada.

Se mudan a una casa más grande en el Campo Hollywood. El Hollywood de los empleados, no el de los gringos. Dos habitaciones, cocina equipada y un baño, además de un patio trasero donde Elba tiene un pequeño huerto en el que siembra cilantro, albahaca, tomates y ajíes. Es modesta, pero es suya.

Elba la decora con cortinas que ella misma cose, manteles bordados por su mamá, fotos de la boda en marcos de madera y plantas sembradas en latas de leche reutilizadas.

La maleta de cuero negro que Albert trajo de Paramaribo queda guardada en un rincón del closet, ya no la necesita. Ahora tiene casa, esposa y una vida.

Los primeros meses son buenos. Elba cocina y atiende el hogar. Mientras Albert trabaja incansablemente. Los fines de semana se reúnen en el Lago con los amigos y la familia para montar el sancocho, echar los cuentos de la semana y jugar dominó. Todo funciona armoniosamente.

Hasta que llega un viernes y Albert anuncia:

—Voy a salir con los compañeros del trabajo.

Elba lo mira desde la cocina. Todavía con el delantal puesto y el cigarrillo en la mano.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué hora vais a volver?

—No sé. Tarde.

—Tarde, ¿cómo tarde?

Albert se pone nervioso, las manos le sudan. Antes de casarse, los viernes eran suyos. Nadie le preguntaba a qué hora regresaba.

—Como a las once, doce.

Elba suelta una risa cortante.

—Mirá, Albert. ¿Vos creéis que me voy a quedar aquí esperándote como pendeja mientras vos andáis de parranda?

—No es parranda. Es una cerveza con los compañeros.

—Una cerveza no dura hasta las doce.

Albert siente la trampa. No importa qué diga, está perdido.

—Elba, yo trabajé toda la semana. Merezco…

—¿Merecéis? —Elba apaga el cigarrillo con fuerza contra el cenicero—. Yo también trabajé toda la semana cocinando, lavando y planchando tu ropa. ¿Y yo qué merezco?

Albert no sabe qué responder.

Elba se acerca. Esa voz ronca ahora tiene filo.

—Mirá. Yo te dije a vos antes de casarnos: no me vais a estar engañando. Si queréis andar de fiestero como soltero, te divorciáis y listo. Pero mientras estéis casado conmigo, llegáis temprano. ¿Te quedó claro?

Albert la mira. Ella no está gritando, está hablando bajito. Pero de una manera que da más miedo que los gritos.

Elba vuelve a la cocina y retoma su cigarrillo, como si no hubiera pasado nada.

Albert sale nervioso y se va al bar. Termina su cerveza temprano y vuelve a casa. Entra esperando que Elba esté dormida, pero está en la sala cosiendo un nuevo vestido, esperándolo.

—Llegaste temprano —dice sin mirarlo.

Y esa es toda la conversación.

En los años siguientes, nacen sus hijos: Albert Enrique (1955), Johnny (1957), María Carla (1963), Patricia (1966) y José Gregorio (1969).

Elba se dedica al cuidado de la familia y el hogar. Albert trabaja duro y viaja por todo el Zulia auditando pozos. A veces viaja a las Antillas Holandesas, Caracas, Maracaibo y Punto Fijo.

Asciende de auditor junior a auditor senior. De auditor senior a auditor principal. Gana tan bien que le regala a Elba la quinta de sus sueños en la urbanización Buena Vista, sector de la élite por excelencia, desarrollado originalmente por la

Venezuelan Oil Concessions (V.O.C), símbolo máximo del estatus petrolero: casas con arquitectura tipo bungalow y jardines inmensos.

Pasar el control de acceso de esa urbanización es como cruzar una frontera invisible. Afuera queda la Cabimas de polvo, la de las cloacas abiertas y el grito de la gaita. Adentro, las calles son perfectas, el césped parece cortado con tijeras de sastre y el silencio solo es interrumpido por el aspersor de los jardines.

Albert camina por las aceras con el pecho inflado. Para él, Buena Vista no es solo una dirección; es la prueba de su esfuerzo. Allí, entre los chalets de madera y concreto, el petróleo no huele a azufre, huele a perfume de flores y a futuro garantizado.

Los sábados reciben visitas de los colegas de la Creole en el porche. Elba sirve café en tazas de porcelana y galletas de mantequilla de maní que compra en el Comisariato.

Pero los domingos siguen visitando el Lago. El agua todavía es verde jade y aún pueden ver sus pies en el fondo. Pero algo está cambiando. Cada vez hay que ir más lejos para encontrar un lugar limpio. Cerca de La Rosa vieja, el agua tiene vetas aceitosas flotando en la superficie.

El carro no se presta

Cabimas, 1957

Esa semana, unos amigos de Cabimas necesitaban ir a Lagunillas. El carro de ellos estaba dañado y le piden el favor a Albert.

—Alberto, ¿nos prestáis tu carro pa' hoy? Mañana sin falta te lo devolvemos.

Albert duda un momento. El Chevrolet lo cuida como a un hijo. Pero son amigos de verdad, de los domingos en el Lago, de los sancochos, de las partidas de dominó.

—Bueno —dice al fin—. Mañana temprano.

Se lo llevan al mediodía.

A la mañana siguiente, temprano, el carro está de vuelta en la puerta de la casa en Buena Vista. Las llaves, debajo de la alfombra, como siempre. Albert lo revisa por encima: todo en orden. Los asientos limpios, el tanque lleno. Hasta le habían pasado un trapo al tablero.

—Buenos muchachos —piensa, y se va a trabajar.

La carretera a Tía Juana amaneció despejada. Albert maneja con la ventana abajo, siente el aire caliente del Zulia, cuando ve el punto de control a lo lejos.

No es inusual. La policía para camiones, revisa documentos, pide papeles. Pero esta vez, cuando Albert frena, el oficial no se asoma a la ventanilla a pedirle la cédula. Le hace señas de que se baje.

—Baje del carro.

Albert obedece.

—¿Es suyo el vehículo?

—Sí. Es mío.

El oficial no dice nada. Le hace otra seña a un compañero, que empieza a revisar el Chevrolet. Abre la guantera. Mira debajo de los asientos. Levanta la alfombra de la maleta.

Y entonces lo encuentra.

Un paquete, envuelto en papel periódico, escondido.

El oficial lo abre. Eran panfletos. Papeles mal impresos, con letras gruesas y frases contra el gobierno de Marcos Pérez Jiménez.

Albert los ve desde donde está parado. No entiende. No sabe qué es eso. Nunca ha visto esos papeles en su vida.

—¿Esto es suyo? —pregunta el oficial.

—No. No sé qué es eso.

—Venga con nosotros.

Lo suben a una camioneta. No le ponen esposas, pero va escoltado. El Chevrolet se lo lleva otro oficial.

En el cuartel lo meten en una habitación pequeña, con una mesa y dos sillas. Una ventana alta, con barrotes. Hace calor. Huele a pipí de rata.

Pasan horas. Nadie le explica nada. Albert piensa en Elba, en los muchachos. Ella no sabe dónde está. Nadie sabe.

—En qué peo me metí —dice en voz baja.

Al fin entran a interrogarlo dos hombres de civil. Uno se sienta frente a él, el otro se queda parado junto a la puerta.

—Usted trabaja en la Creole.

—Sí.

—Auditor.

—Sí.

—Y esos panfletos aparecieron en su carro.

—Yo no sé nada de eso. Presté el carro ayer. Unos amigos.

—Amigos. ¿Quiénes?

Albert le da los nombres. Los amigos de Cabimas que pidieron el carro prestado y lo devolvieron limpio.

El interrogador lo mira largo rato. Luego se levanta y sale. El otro se queda, sin hablar.

Pasa la noche allí, en esa celda sin comida.

Al día siguiente, otro oficial entra. Este es distinto. Más viejo, con cara de haber visto demasiadas cosas.

—Señor Van Bochove —dijo—. Puede irse.

Albert lo mira sin entender.

—¿Me puedo ir?

—Sí. Ya verificamos. Usted no tiene nada que ver con eso. Los muchachos esos ya están detenidos.

—Pero yo…

—Usted trabaja en la Creole —dijo el oficial, como si eso lo explicara todo—. Y es extranjero. No nos interesa.

Albert no pregunta más. Sale del cuartel entrecerrando los ojos por el sol del mediodía. Afuera lo espera el Chevrolet, alguien lo había llevado hasta allí.

Maneja de vuelta a Cabimas sin saber cómo. Las manos le tiemblan en el volante.

Cuando llega a la casa, Elba sale corriendo.

—¡Albert! ¿Dónde estabas? Llamé a la Creole y dijeron que no habías ido a trabajar. Llamé a Enry, a Francisca, a todo el mundo. Nadie sabía nada. ¡Dios mío, Albert!

—Ya estoy aquí —dice él.

No le cuenta todo. No esa noche. Dice que había tenido un problema con la policía, un malentendido, que ya estaba resuelto.

Pero esa noche, acostado en la cama, con Elba dormida a su lado, Albert mira el techo y piensa en lo cerca que había estado.

Los amigos, los que pusieron los panfletos, esos seguían detenidos. Él está en su cama.

El carro no se presta, piensa. Nunca más.

Una gota cada 10 segundos

Cabimas, 1965

Albert tiene treinta y ocho años y lleva quince años auditando pozos para la Creole. Su trabajo, en teoría, es vigilar que las compañías no mientan sobre lo que extraen ni sobre lo que contaminan.

Hoy le toca el pozo Tía Juana 247, al norte de Cabimas. Lo conoce bien, ya lo auditó tres veces en los últimos cinco años. Siempre sale bien, producción estable y números limpios, sin problemas.

Llega en el jeep de la compañía a las siete de la mañana. El sol ya pega fuerte y el calor sofoca. El olor a petróleo y azufre es más fuerte aquí que en Cabimas, se mezcla con el olor del Lago que está a menos de un kilómetro.

El balancín del pozo sube y baja con ese ritmo que conoce de memoria: *Pum-pum. Pum-pum.* Como un corazón mecánico que nunca descansa.

El supervisor del pozo es un venezolano de Mérida llamado Ramírez. Cuarenta y pico años. Bigote espeso. Siempre con el casco amarillo, aunque esté adentro de la caseta.

—Buenos días, Albert.

—Buenos días. ¿Cómo está el pozo?

—Bien. Produciendo normal. Los números están en la mesa.

Albert entra a la caseta. Huele a café recalentado y a sudor. Hay una mesa con papeles, una silla de metal, un

ventilador que no funciona y en la pared, un calendario de 1964 que nadie se molestó en cambiar.

Revisa los números. Barriles por día. Presión del pozo. Viscosidad del crudo. Todo dentro de los parámetros normales, igual que el mes anterior.

Pero Albert no confía solo en los papeles, nunca lo ha hecho.

Sale de la caseta, camina alrededor del pozo y mira las tuberías, especialmente los tanques de almacenamiento y las válvulas. Busca lo de siempre: óxido, grietas, señales de que algo no está funcionando como debería.

Observa algo en el suelo, una mancha oscura, pequeña, del tamaño de un plato. Se agacha, toca el suelo con los dedos y descubre que está húmedo. Es Petróleo crudo.

Sigue la mancha con la mirada. Viene de una de las tuberías que conectan el pozo con el tanque de almacenamiento. La tubería es vieja, tiene manchas de óxido. Se da cuenta que justo en una junta, donde dos secciones se unen con pernos, hay una filtración.

No es grande, es apenas un goteo. Una gota cada diez segundos, quizás. Pero es constante.

Albert saca su libreta. Anota: "Pozo TJ-247. Tubería norte. Filtración en junta. Aprox. 1 gota/10 seg."

Hace el cálculo mental. Una gota cada diez segundos son seis gotas por minuto. Trescientas sesenta gotas por hora. Ocho mil seiscientas cuarenta gotas por día.

No es mucho, comparado con lo que el pozo produce, mil barriles al día, es nada. Una gota en un océano. Pero es constante.

Vuelve a la caseta.

—Ramírez, hay una filtración en la tubería norte.

Ramírez levanta la vista del periódico.

—¿Grande?

—No. Pequeña. Pero está ahí.

Ramírez se levanta con desgano. Salen juntos y Albert le muestra la mancha, la tubería y el goteo.

Ramírez se agacha. Mira y toca el suelo.

—Coño —hace una pausa—. ¿Cuánto es?

—Una gota cada diez segundos.

Ramírez se rasca el bigote. Hace un gesto con la mano como quien espanta una mosca.

—Eso no es nada.

—Es petróleo yendo al suelo.

—Sí, pero mira —Ramírez señala alrededor—. Todos los pozos tienen filtraciones pequeñas. Las tuberías son viejas. ¿Tú sabes cuánto cuesta cambiar una tubería? Una fortuna. Y hay que parar el pozo. Lo que significa perder producción y plata.

Albert no dice nada. Solo anota en su libreta.

Ramírez lo mira.

—Mira, Albert. Yo te respeto. Entiendo que usted hace su trabajo, pero yo también hago el mío. Y mi trabajo es mantener este pozo produciendo. Si yo le digo a los ingenieros que hay que cambiar la tubería por una filtración de una gota cada diez segundos, me van a decir que estoy loco.

—Pero es petróleo yendo al Lago.

—El Lago es grande. Una gota cada diez segundos no va a hacer nada.

Albert cierra la libreta y mira a Ramírez. Él lo mira de vuelta. No con hostilidad. Con cansancio.

—Voy a ponerlo en el reporte —dice Albert.

—Ponlo. Haz tu trabajo.

Vuelve al jeep y conduce de regreso a la oficina en Cabimas. El aire caliente le pega en la cara junto con el olor a petróleo que no se va nunca. Es el olor de su vida.

En la oficina, escribe el reporte en su máquina de escribir. Letras negras sobre papel blanco, todo ordenado y claro.

Pozo TJ-247. Producción normal. Presión estable. Observación: filtración en tubería norte, junta de conexión con tanque de almacenamiento. Aproximadamente 1 gota por 10 segundos. Recomendación: reparación de tubería.

Firma el reporte. Lo pone en la bandeja de salida. Al día siguiente, el reporte sube. Tres días después, baja con una nota escrita a mano en tinta azul al margen:

Filtración menor. No requiere acción inmediata. Monitorear en próxima auditoría.

Albert guarda el reporte en su archivo, junto con otros reportes de otros pozos con otras filtraciones que tampoco requirieron acción inmediata.

El archivo se va haciendo más grueso cada año.

Esa noche, Albert cena con Elba y los niños en la casa de Buena Vista. Sancocho, el mismo que comen los domingos en el Lago.

—¿Cómo estuvo el trabajo? —pregunta Elba.

—Bien. Normal.

—¿Auditaste algún pozo?

—Sí. El TJ-247.

—¿Y cómo estaba?

Albert corta un pedazo de yuca, la mastica despacio; piensa en la mancha negra en el suelo y en el goteo constante. En la nota en tinta azul.

—Bien —dice—. Todo bien.

Elba asiente. Sirve más sancocho y los niños hablan de la escuela. La vida sigue.

Albert come en silencio; piensa en el archivo que crece en su escritorio, en los reportes que suben y bajan sin que nada cambie. En las gotas que caen, una cada diez segundos.

Piensa en el Lago y en el agua que cada domingo es un poco menos cristalina que el domingo anterior.

Y se pregunta, sin decirlo en voz alta, cuántas gotas hacen falta para matar un lago.

Los Chaguaramos

Caracas, 1967

Elba quiere mudarse a Caracas. Varios de los colegas de Albert ya habían pedido traslado y sus esposas están fascinadas con la capital. Además, ya no aguanta el calor cabimero, aunque vive en la casa de sus sueños.

—Albert, yo me muero de calor aquí. Caracas tiene un clima divino. Como una primavera eterna.

Albert escucha sin interrumpir.

—Las esposas de tus compañeros me cuentan maravillas. Hay de todo. Cines, restaurantes, tiendas y mejores escuelas y liceos para los muchachos.

Albert pide el traslado a las oficinas centrales al día siguiente. El departamento de auditoría se lo concede en menos de un mes. Viene con ascenso, mejor salario y la promesa de que los hijos tendrán más oportunidades en la capital.

Compran una casa en la urbanización Los Chaguaramos, a diez minutos caminando de las oficinas de la Creole. Es una casa de dos plantas con jardín pequeño y los muchachos tienen cada uno sus propias habitaciones.

El clima es exactamente como Elba lo imaginó. Ni el calor asfixiante de Cabimas ni el frío de Siberia. Caracas en los sesenta es una ciudad que no suda, con mañanas frescas y tardes templadas. Aunque las noches sí piden cobija.

Elba sale a la calle sin que el calor la derrita. Puede caminar hasta el supermercado sin llegar empapada de sudor

y tender ropa en el patio sin que el sol la queme. Por primera vez en años, no se queja del clima.

—¿Veis? Yo tenía razón —le dice a Albert cada vez que puede—. Cabimas se ha vuelto insoportable con ese calor.

Albert no discute, porque ella tiene razón. El calor en Cabimas cada vez es más denso y el olor a petróleo más penetrante.

Dos años después venden la casa y compran un apartamento en un edificio recién construido en Colinas de los Chaguaramos, en el primer piso, pero al estar en una loma, la vista de Caracas y al Ávila es majestuosa. Todo huele a pintura fresca y concreto recién vaciado.

El abasto portugués y la panadería quedan a dos cuadras. También tienen centros comerciales y autocine cerca.

Caracas en 1970 es una ciudad que promete futuro con autopistas recién inauguradas y Metro en construcción. Edificios subiendo por todas partes, teatros, bares, restaurantes y plazas por doquier.

Albert sale del apartamento a las siete de la mañana, a veces camina hasta la oficina, son doce minutos exactos. Llega sin sudar, sin el cansancio del trópico cabimero. Se sienta en su escritorio con aire acondicionado y revisa reportes de pozos que están a quinientos kilómetros de distancia.

Audita números, firma papeles y asiste a reuniones donde hablan de producción petrolera y de proyecciones. Su trabajo es asegurarse de que todo cuadre, de que los números que reporta la compañía sean los números reales.

A las cinco de la tarde, sale de la oficina y camina de vuelta al apartamento. Elba ya tiene la comida lista y los muchachos hacen las tareas. Los viernes se toma unas cervezas con los colegas en el bar de la esquina de la Creole.

Los fines de semana el apartamento se llena. Vienen los amigos de Cabimas que visitan Caracas y también las nuevas amistades caraqueñas que viven en el edificio o en urbanizaciones cercanas. A Elba les encanta recibirlos:

—¿Cómo estáis, cariño? ¿Queréis un whiskycito?

El Pelón, hermano del novio de María Carla, la imita siempre. Apenas cruza la puerta, alza la voz con su mejor acento zuliano y repite la bienvenida de Elba.

Elba lo mira con esos ojos que tiene para los bromistas.

—Te voy a envainar, Pelón —dice, y todos ríen.

Es su forma de decir bienvenido.

Elba cocina como si alimentara a un ejército. Hace pollo al horno, bacalao, hervido de gallina y majarete. En diciembre monta las hallacas. Siempre hay comida de sobra y un plato extra para quien llegue sin avisar.

Después de comer sacan las cartas o el dominó. Se arma una partida en la mesa del comedor que dura horas. Gritos y risas, acusaciones de trampa van y vienen. Elba gana casi siempre al ajiley, baraja con rapidez y se planta con astucia. A veces apuestan para ponerle picante a la partida, a Elba le encanta ruchar a las amigas.

Albert se encarga del bar improvisado en un mueble de la sala. Whisky para Elba. Le gusta beber dos dedos en un vaso corto con tres cubos de hielo.

—Servíme un whiskycito *on the rocks* —dice siempre.

Ron para los hombres y cerveza en la nevera para Albert, siempre fría.

Elba y las amigas fuman mientras juegan. El cenicero se llena rápido de cigarrillos Belmont sin filtro.

—Los otros saben a cartón —dice cuando alguien le ofrece otra marca.

Cuenta chistes que hacen reír hasta a los que insulta, tiene un talento especial para los sobrenombres crueles. A

una vecina le dice "La Jirafa" porque es alta y flaca. A un amigo de Albert: "El Sapo", porque tiene los ojos saltones. De ella misma se burla, nadie se salva de su lengua afilada.

—¿Y la Maracucha? —preguntan los vecinos caraqueños a Albert o a los hijos cuando los ven sin ella.

—Yo nací en Cabimas, no en Maracaibo —aclara siempre—. Prefiero ser maracucha que aburrida, pa que sepáis.

En el tocadiscos suena La Billo's Caracas Boys. Ricardo Aguirre. La Dimensión Latina. Celia Cruz cuando Elba quiere bailar. Barrio Obrero cuando se pone nostálgica y quiere recordar a Cabimas.

Albert la mira desde el sofá con su cerveza en una mano y el cigarrillo en la otra.

También comparte su picante casero. Lo aprendió a hacer en Surinam de niño: ají picante, pepinillos, vinagre, sal, ajo. Lo envasa en frascos de vidrio reutilizados de mayonesa, cada uno lo identifica con una etiqueta escrita a mano: "Picante Albert."

Elba no lo aguanta.

—Eso te va a hacer un hueco en el estómago.

Pero los invitados lo piden. Les gusta untarlo en las arepas, mezclarlo con el pabellón, comerlo directo con galletas de soda.

Albert lo regala en frascos pequeños.

Los domingos Albert maneja su Chevrolet Malibú azul cielo por la autopista de Caracas. Le gusta sentir el motor ronronear bajo el capó, tener el control del volante y elegir la ruta sin pedirle permiso a nadie. Después de manejar gringas por años en Campo Hollywood, este carro es suyo, lo compró con su dinero y lo cuida como a un hijo más.

Los muchachos se pelean por el asiento trasero. José Gregorio, el menor, casi siempre gana porque es el consentido

de Elba. Patricia se sienta en el medio y Elba va de copiloto, con su pañuelo en la cabeza y sus lentes oscuros, fumando con la ventana entreabierta.

Van donde Albert decide. A Los Teques a ver al tío Enry, Francisca y los muchachos que ahora son once. A La Guaira a comer pescado frito en un restaurante de playa. Al Junquito a comer cochino frito y cachapas. A la Colonia Tovar a comprar salchichas y fresas. Venezuela entera recorrida en ese Malibú azul que brilla los domingos después de que Albert lo lava con jabón y esponja en el estacionamiento del edificio.

A veces manejan hasta El Hatillo a tomar chocolate caliente en la plaza. Otras veces suben hasta el teleférico del Ávila, aunque Elba no se sube porque le da vértigo, se queda abajo esperando. Pero a los muchachos les fascina ver Caracas desde arriba, extendida como un valle infinito de techos rojos y edificios blancos.

—¿Veis esa ciudad? —les dice Albert señalando hacia el Este—. Toda esa gente vive del petróleo. Directa o indirectamente, aunque no lo sepan.

Cada dos o tres meses Albert lleva a la familia de vuelta a Cabimas. El Malibú va cargado de maletas y regalos. Manuela adora el pan canilla y los golfeados de Caracas, mientras que Blanca y Elena esperan los chocolates.

El viaje dura diez horas, paran en Valencia a desayunar arepas. En Barquisimeto a almorzar y en Carora a estirar las piernas. Luego la carretera Lara-Zulia hasta Cabimas.

Los abuelos y las tías los reciben como si volvieran de la guerra. Abrazos largos y besos en las mejillas, gritos de alegría.

—¡Cómo han crecido estos muchachos!

En las tardes todos sacan las sillas al frente para tomar "fresco", con una cerveza en la mano cada uno, hasta los más

pequeños acompañan con una malta. Ven pasar a los vecinos y echan los cuentos de la vida en Caracas y de cómo van las cosas en Cabimas.

Se quedan una semana para visitar a todos los afectos y a las amigas de Elba que siguen en Cabimas sudando el calor que ella dejó atrás.

Siempre, al menos una vez durante la visita, Albert maneja hasta la orilla del Lago. Se baja del Malibú y camina hasta el malecón. Se queda ahí mirando el agua que ya no es la misma que él conoció. El agua es marrón verdosa, medio turbia, con manchas de petróleo flotando como venas oscuras sobre la superficie.

Elba se queda en el carro esperando.

Los muchachos tiran piedras al agua.

El regreso a Caracas siempre es silencioso, los muchachos se duermen en el asiento trasero y Albert maneja concentrado en la carretera. Elba pone música, administra el café del termo y reparte los sánduches.

Cuando llegan al apartamento en Los Chaguaramos, la ciudad los recibe fresca. El Ávila verde contra el cielo azul, el aire limpio de montaña, las calles modernas y funcionando.

Elba prende un cigarrillo. Albert abre una cerveza. Los muchachos corren a sus cuartos.

Todo vuelve a la normalidad.

¿Chucuta?

Cabimas, 1975

En uno de esos viajes al Zulia, Albert y Elba visitan a Patricio. Su suegro tiene setenta y tantos años y la misma parsimonia de siempre. Nunca fue un hombre de muchas palabras. Trabajó cuarenta años en los pozos de la Creole con la misma cabeza baja y los mismos zapatos manchados de crudo que Albert conoció cuando fue a pedirle permiso para casarse con Elba.

Cuando se jubiló, Patricio obtuvo lo que pocos lograban: una concesión para operar la estación de servicio del Dividive. Una gasolinera pequeña pero propia. El petróleo que había extraído toda su vida ahora se lo vendía a los camiones que pasaban rumbo a Maracaibo.

Al principio le fue bien, eran los años del boom petrolero. Los sesenta con el precio del barril subiendo. Los conductores parando, el surtidor girando y los bolívares entrando en la caja registradora.

Pero los márgenes empezaron a apretar. El Estado controlaba el precio de la gasolina que Patricio cobraba, y también controlaba lo que él tenía que pagar por operarla. Cada ajuste que llegaba desde Caracas recortaba un poco más la diferencia entre lo que entraba y lo que salía.

Patricio seguía abriendo la gasolinera a las seis de la mañana y cerrándola a las ocho de la noche, igual que siempre, pero con menos en la mano al final del día.

Albert revisa las cuentas sentado en la cocina de Gasplant. Los mismos cuadernos contables de siempre, con la letra apretada de Patricio que anota cada transacción con la disciplina del obrero que nunca desperdició nada. Albert los ojea con la misma metodología que usa para auditar pozos de la Creole, los números dicen lo que Patricio sospecha, pero no quiere ver.

—Suegro —dice Albert sin levantar la vista del cuaderno—. Hay que vender.

Patricio lo mira desde el otro lado de la mesa. El ventilador gira despacio en el techo y suena tan fuerte que parece que se va a caer. Afuera el calor de Cabimas azota sin misericordia, el mismo calor de siempre.

—¿Tan mal está?

—Todavía está bien. Por eso hay que vender ahora. En dos años va a estar peor.

Patricio tarda en responder, esa gasolinera es lo que construyó cuando el petróleo le dijo que podía construir algo propio, después de cuarenta años de trabajo.

—¿Vos creéis que es lo mejor?

Albert asiente.

—Sí.

Silencio largo. Patricio baja la cabeza.

—Bueno. Si vos lo decís.

Albert sale de la casa de Patricio con los números bailándole en la cabeza, camina sin rumbo por Gasplant, dejando que las piernas lo lleven para liberar el estrés. Siempre disfruta ver el movimiento de Cabimas.

—¡Alberto!

El grito llega desde una esquina. Voltea. Es Marcos Chacón, con dos cervezas heladas en las manos y esa sonrisa pícara del que encontró al compañero perfecto para beber una.

—¿Cómo estáis? —saluda Albert con un apretón de mano y un abrazo—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Comprando cervezas, ¿qué más voy a hacer? —se acerca con esa sonrisa zuliana amplia y sincera—. ¿Y vos? ¿Visitando al suegro?

—Revisando unas cuentas.

—Ah, verga. ¿Y grave?

—Más o menos.

Marcos se sienta en el borde de una acera sin importarle el polvo. Abre las dos cervezas con la destreza de quien lo ha hecho miles de veces y le pasa una a Albert.

—Sentate, primo. Esto se arregla mejor con una fría.

Beben en silencio un rato. Un perro cruza la calle con la lengua afuera mientras dos muchachos pasan en una bicicleta, riendo de algo que solo ellos entienden.

—¿Y qué decían las cuentas? —pregunta Marcos al rato.

—Que el señor Patricio debe vender la gasolinera.

Marcos suelta un silbido bajo.

—¿Tan mal está?

—Todavía está más o menos, por eso hay que vender ahora. En dos años va a estar peor.

Marcos asiente.

—Hablando de eso —dice, y bebe un trago largo—. Anoche escuché a Pérez Alfonso en la radio. Dio una entrevista larguísima. Mi mujer quería dormir y yo ahí, pegado al radio escuchando.

Albert sonríe. Se imagina la escena.

—¿Y qué dijo?

Marcos se limpia la espuma de los labios con el dorso de la mano.

—Dice que esto es una nacionalización chucuta. Que le cambiamos el nombre al perro pero que el collar es el mismo.

—¿Chucuta?

—Así dijo. Chucuta. Como quien dice chimbo, falso, de mentira, un engaño, pues.

Albert procesa la palabra. En todo su tiempo en Venezuela jamás la había escuchado.

—¿Y qué más?

—Que los gringos siguen mandando. Vos sabéis, la tecnología es de ellos y el mercado también. Nosotros solo ponemos el hueco, como quien dice.

Marcos hace una pausa. Señala con la botella en dirección al Lago, aunque desde ahí no se ve.

—Como siempre, pues. El petróleo sale de aquí, la plata se va pal norte, y a nosotros nos dejan los huecos. Los del suelo y los del Lago.

Albert no responde. Mira la calle polvorienta, las casas modestas, los niños descalzos jugando en un terreno baldío, igual que cuando llegó a Cabimas.

—¿Vos qué creéis? —pregunta al fin.

Marcos se encoge de hombros.

—Yo creo que el país ya se jodió. Y eso no lo arregla ningún decreto. Pueden ponerle Creole, Lagoven o San Benito, y todo va a seguir igual.

Bebe el resto de la cerveza de un trago. Aplasta la lata con el pie y la guarda en una bolsa de papel.

—Bueno, primo. Me voy. La mujer me mata si no llego con el pan.

Se levanta, le da una palmada a Albert en el hombro y se pierde calle arriba.

Oficialmente empleado de Lagoven

Caracas, 1975

Es viernes 26 de diciembre. El edificio de la Creole está medio vacío, la mayoría de los empleados habían pedido vacaciones entre Navidad y año nuevo. Albert llega temprano, como siempre.

Deja el maletín sobre el escritorio. Se queda mirando el papel membretado que tiene delante: Lagoven, filial de Petróleos de Venezuela.

La Creole ya no existe legalmente, aún faltan cinco días. Pero en los papeles, en las reuniones, en los memos, el cambio ya había ocurrido. Los gerentes estadounidenses se habían ido en noviembre, la mayoría. Los que quedan están liquidando sus asuntos, cerrando sus cajas, empacando historias de treinta años en sobres manilas.

Él sabía que esto venía desde que empezaron las discusiones en el congreso, desde que los periódicos comenzaron a hablar de la nacionalización como un hecho, no como una posibilidad. En la industria, esas cosas no son sorpresa. Los rumores corren, los números se ajustan, los abogados trabajan meses redactando lo que después firman los presidentes. Pero saber no es lo mismo que vivirlo.

El teléfono suena. La secretaria:

—Señor Van Bochóve, el señor Mendoza quiere verlo antes de irse.

Mendoza es venezolano. Será su nuevo jefe a partir de enero. Albert se levanta, camina por el pasillo. Las oficinas de los estadounidenses están vacías, las puertas abiertas, los escritorios desnudos. En una de ellas, alguien dejó un calendario de 1975 abierto en noviembre.

La reunión es corta. Mendoza quiere repasar los números de los pozos de Tía Juana antes de las vacaciones. Albert los tiene claros y los repasan en diez minutos. Al final, Mendoza le pregunta:

—¿Usted cómo ve el futuro, señor Van Bochóve?

Albert tarda en responder.

—Los pozos van a seguir produciendo. El petróleo no sabe de banderas.

Mendoza asiente y se levanta de la silla para despedirse de Albert con un apretón de manos y una palmada en la espalda.

—Que pase un buen fin de año. Nos vemos en enero.

De regreso a su escritorio, pasa por la ventana que da al este. El Ávila está verde e imponente, igual que cuando llegó a Caracas en 1967.

Limpia la mesa. Guarda los papeles que necesita, deja los que no.

En el bolsillo del saco lleva la carta que recibió de Paramaribo la semana pasada. Su hermano menor le cuenta que la independencia de Surinam había sido un desastre, que la economía está peor, que mucha gente está tratando de irse a Holanda antes de que cierren las puertas.

Tú hiciste bien en irte cuando pudiste, decía la carta. *Aquí no quedó nada.*

Guarda la carta en el maletín, junto a los papeles de la Creole.

Sale del edificio al mediodía. El sol de diciembre calienta con clemencia. Camina hacia el estacionamiento, enciende el Malibú y se dirige rumbo a su apartamento.

En casa, Elba lo espera con las maletas a medio hacer. Van a pasar el fin de año en Florida con los muchachos, la abuela Manuela y la tía Blanca.

—¿Ya llegaste? —pregunta ella desde la habitación.

Albert se queda parado en la entrada de la sala

—Sí. Ya.

El apartamento huele a café, a los preparativos del viaje, a la vida que han construido juntos.

—Todo bien —dice.

—Sí, sí. Todo bien.

Elba aparece en la puerta de la habitación, con una camisa doblada en la mano.

—Albert, ¿qué te pasa?

—Nada. Cansado nomás.

Ella no insiste.

Pero esa noche, mientras Elba duerme, Albert se levanta y se asoma al balcón. Caracas titila, millones de luces en los cerros, en las urbanizaciones, en las avenidas.

Piensa en la Creole y en los gringos que se fueron. En los venezolanos que llegan. En el Lago que ya no es el mismo. En los pozos que siguen extrayendo. En toda una vida de trabajo y esfuerzo en la misma compañía.

Vuelve a la cama. Elba respira hondo, sin despertar.

Afuera, Caracas sigue su curso.

En cinco días, él será oficialmente empleado de Lagoven.

Ta barato

Orlando, Florida, 1975

Albert nunca pensó que viajaría a Disney World a celebrar un fin de año. No porque no pudiera, nunca fue de su interés. Él llegó a Venezuela con una maleta de cinco kilos, vivió en barracas, compartió cuarto con otros obreros y ahorró cada bolívar durante treinta años.

Pero esto es 1975 y Venezuela está eufórica. Carlos Andrés Pérez lleva un año en la presidencia. El petróleo está carísimo y el país nada en dólares. El bolívar es un roble fuerte: 4.30 por dólar. Los venezolanos viajan a Miami cada fin de semana como quien va a La Guaira.

La frase de moda es: "Ta barato, dame dos."

Elba fue quien insistió.

—Albert, tenemos que ir. Todo el mundo va. Los Chacón fueron. Los Monascal también. Hasta la comadre Ingrid llevó a sus muchachos. ¿Nosotros vamos a ser los únicos que no?

Albert duda. Tienen cinco hijos, más Manuela, la mamá de Elba que nunca ha salido al extranjero, Blanca, la hermana de Elba, y su hijo Guillermo. Diez personas. El pasaje, el hotel, las entradas a Disney, la comida... Es mucho dinero.

—No sé, Elba...

—¿No sabéis? Vos habéis trabajado por treinta años. Ganamos bien. Los muchachos están grandes. ¿Cuándo vamos a disfrutar si no es ahora?

Albert sabe que tiene razón. Compra diez pasajes en Viasa rumbo a Orlando vía Miami de un solo sopetón.

El hombre austero que llegó con una maleta de cinco kilos, se embarca en el vuelo que sale de Maiquetía un martes por la mañana junto a toda su familia.

El aeropuerto está repleto. Colas enormes en el mostrador de Viasa con familias grandes lidiando con los niños emocionados. Hombres de negocios con maletines y señoras con carteras grandes preparadas para hacer compras.

Albert lleva el pasaporte de todos. Elba lleva las carteras. Los muchachos —Albert hijo, Jhonny, María Carla, Patricia, José Gregorio— van uniformados como para un plan vacacional. Manuela lleva rosario en mano, nunca ha volado. Está nerviosa. Blanca intenta calmarla.

—Mamá, no pasa nada. Es seguro.

—¿Y si nos caemos?

Suben al avión, un DC-8 de Viasa reluciente de color azul y blanco. Asientos cómodos de tela suave y azafatas con uniforme impecable que hablan en español e inglés.

Manuela se persigna antes del despegue. Agarra la mano de Blanca, cierra los ojos. El avión acelera, se eleva. Caracas se ve pequeña desde arriba. El Ávila, los edificios, las autopistas.

Manuela abre un ojo, mira por la ventana y sonríe.

—No fue tan terrible —dice.

Los muchachos se ríen.

Hacen escala en Miami. El aeropuerto está lleno de venezolanos. Se reconocen entre ellos por el acento, por la ropa, por las conversaciones en español que rebotan de un lado a otro.

Elba solo piensa ir al *duty free*.

—Solo a mirar —dice.

—Elba, el avión sale en tres horas.

—Ya sé. Solo a mirar.

Entran. Perfumes franceses, whisky escocés, cigarrillos, chocolates suizos, golosinas. Todo en dólares. Todo, comparado con Venezuela, es barato.

Elba mira un perfume *Chanel* No. 5.

—¿Cuánto cuesta?

—Treinta dólares —dice la vendedora, con acento cubano.

Treinta dólares, ciento veintinueve bolívares. El salario mensual de una empleada doméstica en Caracas.

—Dame dos.

Albert no dice nada. Solo saca la billetera.

Llegan a Orlando al mediodía. El hotel Contemporary Resort está prácticamente tomado por los venezolanos. Es uno de los hoteles oficiales de Disney; moderno y elegante, hasta hay un monorriel que pasa por dentro del lobby. Los muchachos están fascinados, nunca han visto algo así.

Manuela está agotada del viaje y Blanca la ayuda a instalarse en el cuarto. Se queda dormida antes de las ocho de la tarde.

Los muchachos no pueden quedarse quietos.

—Papá, ¿cuándo vamos a los parques?

—Mañana.

—¿Por qué no hoy?

—Porque hoy llegamos tarde. Mañana vamos temprano.

Esa noche cenan en el restaurante del hotel hamburguesas, papas fritas y refresco de cola con bastante hielo, como le gusta a los zulianos.

Albert mira la cuenta. Son cincuenta dólares, doscientos quince bolívares. Un mes de comida en Caracas.

Pero aquí, en Orlando, con el petróleo a doce dólares el barril, cincuenta dólares es nada. Paga sin pestañear, la familia lo merece. Él también.

El día de Disney amanece claro. Desayunan temprano y toman el monorriel hasta Magic Kingdom.

El castillo de Cenicienta los espera. Las torres, las banderas, la música y los personajes. Todo exactamente como en las películas.

Los muchachos corren, hasta los mayores se emocionan. Albert les grita que no corran, pero no le hacen caso.

—Dejálos —dice Elba—. Están felices.

Recorren el parque y se consiguen con venezolanos de todas partes. Hay gente del Zulia, de Caracas y de Valencia por doquier. Se reconocen por el acento, por el caminar, por la manera de hablar alto.

—¡Chamo, mira eso!

—¡Vergación, qué cola!

—¿Cuánto cuesta esa franela? ¿Diez dólares? Ta barato, dame dos.

Albert escucha esa frase todo el día. En cada tienda, en cada puesto de *souvenirs*. Venezolanos comprando de todo sin pensar. Sacan la billetera sin hacer cálculos.

Suben a todas las atracciones: *Pirates of the Caribbean. Haunted Mansion. It's a Small World. Space Mountain.*

Manuela se niega a subir a la montaña rusa.

—Yo ya estoy vieja para eso.

Blanca se queda con ella. Albert, Elba y los cinco muchachos suben.

Cuando bajan, José Gregorio, el más pequeño, tiene cara de enfermo.

—¿Estáis bien?

—Sí... creo que sí...

Vomita dos minutos después en un basurero. Elba le limpia la boca con un pañuelo y le compra agua.

—Ya no más montaña rusa para vos.

Al mediodía comen en el castillo, en el restaurante con personajes de Disney. Mickey Mouse, Minnie, Goofy y el pato Donald caminan entre las mesas. Los niños piden autógrafos. Sacan fotos con una cámara Kodak que Albert compró en Caracas para el viaje.

La comida es cara, más cara que el desayuno y que la cena de ayer. Sin embargo, Albert paga sin pensarlo dos veces. Él trabajó treinta años para esto, para que sus hijos disfruten lo que él no pudo de niño.

Esa noche, de vuelta en el hotel, los muchachos duermen agotados. Albert se sienta en el balcón. Elba se sienta a su lado. Fuma un Belmont y mira las luces de Orlando.

—¿Estuvo bien? —pregunta Albert.

—Estuvo perfecto.

—Gastamos mucho.

—No importa. Valió la pena.

Mañana irán a Epcot. Pasado mañana de compras a un mall. Ropa para los muchachos, juguetes, whisky, perfumes, un televisor moderno a color. Porque todo está barato y hay que aprovecharlo.

Elba exhala el humo.

—¿Sabéis qué me dijo una señora venezolana en el baño? Que ella viene cada dos meses. Que tiene un apartamento en Miami y que compra de todo.

Albert sonríe.

—Nosotros no vamos a venir cada dos meses.

—A Dios ¿por qué no? Si nosotros también podemos, tenemos plata.

Albert la mira.

—No —dice—. No somos de esos. Esto es especial y por eso vinimos. Pero no vamos a venir cada dos meses como esa señora.

Elba se encoge de hombros.
—Como vos digáis.
Fuma en silencio.

El colibrí

Nueva Jersey, 1978

Tres años después, en 1978, Lagoven le ofrece a Albert un traslado internacional a las oficinas de Nueva Jersey, Estados Unidos. Es un reconocimiento importante a su carrera, un ascenso merecido después de una larga trayectoria en la industria petrolera. Albert acepta sin dudar.

Elba tiene cuarenta y siete años. Es cabimera de nacimiento, caraqueña por adopción, pero zuliana hasta los huesos. Odia el frío y la nieve que ha visto en películas no le gusta. La idea de vivir donde la gente se encierra en casas sin hablar con vecinos le parece antinatural.

Pero Albert es su esposo. Llevan veintiocho años casados, cinco hijos y un nieto de un año.

—Vámonos, Albert —dice con esa voz gruesa que no admite réplica—. Pero si no me gusta, nos regresamos.

Ya habían vivido antes en Judibana, en la península de Paraguaná. A su hijo menor, José Gregorio, caraqueño de nacimiento, no le cayó bien el clima de su propia ciudad. Era asmático, así que Albert tuvo que pedir otro cambio a la compañía, al poco tiempo de llegar a Caracas, esta vez a Falcón por la cercanía al mar. Trabajó algunos años en Amuay, el complejo refinador más grande del mundo.

Pero cuando Elba se aburrió de la tranquilidad del *American way of life* que se vivía en los campos de las Creole, regresaron a Caracas. Ni el asma de su hijo la detenía.

Llegan a Nueva Jersey en pleno invierno. El frío los recibe como bofetada de hielo. Albert ha viajado antes a Estados Unidos por trabajo. Houston, Texas, calor húmedo parecido a Cabimas. Sin embargo, Nueva Jersey en invierno es otra cosa. El aire corta la piel como cuchillo y la nieve cubre las calles hasta tapiarlas. El viento aúlla entre los edificios como un animal herido.

Lagoven les alquila una casa en un suburbio de clase media. Dos niveles, pisos alfombrados y paredes tapizadas con papel de flores descolorido. Cocina americana con electrodomésticos que Elba mira con desconfianza: lavavajillas, horno eléctrico, refrigerador con dispensador de hielo. Calefacción central que hace un ruido constante, artificial, que no la deja dormir y patio trasero con parrillera cubierta de nieve.

En Caracas, el edificio donde viven tiene un conserje que saluda por el nombre. Vecinos que se detienen en el pasillo a preguntar cómo están los muchachos. Abasto de portugueses a una cuadra donde Elba compra el pan recién horneado y el cilantro fresco para las sopas.

Aquí, el silencio es absoluto. Las casas parecen vacías, aunque sabe que hay gente adentro. Los vecinos entran y salen de sus carros sin mirar a nadie. Todo el mundo tiene prisa para llegar a ningún lado.

Elba odia el supermercado. Esos pasillos infinitos llenos de productos empacados en plástico, todo frío y ordenado. Extraña el mercado de Guaicaipuro, donde conoce a la señora que vende yuca, al muchacho que pela los pollos cantando rancheras, a la vendedora de cilantro que siempre le regala un ramito extra diciendo "para que la comida te quede sabrosa, mi reina".

Y el frío que nunca termina. Que se mete en los huesos y la hace temblar, aunque la calefacción esté encendida.

Elba en Nueva Jersey es un colibrí enjaulado. Ella, que siempre fue el alma de las fiestas en Los Chaguaramos, con su voz gruesa, su vaso de whisky y su humor mordaz, que se burlaba de todo el mundo y de sí misma sin miedo.

Fuma más de lo normal. Dos cajetillas al día. La casa huele a tabaco rancio. No invita amigos, no tiene, cocina poco, evita la música de La Billo's porque le da nostalgia.

Los hijos notan el cambio. Hasta le pierden el miedo.

Elba no sale. Se queda en la casa mirando por la ventana la nieve caer como ceniza blanca.

Es marzo de 1979. El primer invierno completo en Nueva Jersey. Elba se despierta una mañana con una idea fija: tiene que salir. No puede quedarse un día más encerrada mirando cómo la nieve se acumula sobre el jardín que no es suyo.

Se viste con capas. Suéter, abrigo grueso que Albert le compró en un *mall*, bufanda, botas forradas que le quedan grandes pero son las únicas que tiene.

—¿A dónde vais? —pregunta Albert desde la cocina, sorprendido de verla vestida antes del mediodía.

—A caminar.

—¿Queréis que te acompañe?

—No. Vos tenéis trabajo.

La puerta se cierra detrás de ella con ese sonido hermético de las casas americanas. Ni un ruido entra. Ni un ruido sale.

Afuera, el frío la golpea de inmediato. No es como el frío que sintió en diciembre, cuando llegaron. Ese era frío de novedad, de turista que sabe que va a volver adentro. Este es frío que ya conoce tu cuerpo y sabe cómo entrar: por la nariz, por los oídos, por cualquier pedazo de piel que dejaste sin cubrir.

Camina por la acera. Los árboles están pelados, negros contra el cielo gris. No hay nadie en la calle, solo carros que pasan de vez en cuando, todos con las ventanas cerradas, todos apurados.

Llega a la esquina y le da un ataque de ansiedad. De repente no sabe para dónde ir. A la derecha hay más casas iguales a la suya. A la izquierda, lo mismo. Al frente, una avenida con tráfico que no conoce. Se queda parada ahí y el viento le pega en la cara. Siente cómo las lágrimas se le congelan antes de caer. No está llorando por tristeza, el frío es tan fuerte que los ojos le lloran solos.

Intenta seguir caminando, pero el viento es peor ahora. Le cuesta respirar, el aire le quema los pulmones. Cada inhalación es como tragar vidrio. Se da la vuelta y regresa a la casa caminando rápido, casi corriendo, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza agachada contra el viento.

Cuando llega, abre la puerta con manos temblorosas. El calor artificial de la calefacción la recibe. Se quita el abrigo y todas las capas de trapos que trae encima, todo mojado de nieve derretida. Se sienta en el sofá y enciende un cigarrillo. Mira por la ventana el mismo jardín cubierto de nieve que miraba antes de salir, no vuelve a intentar salir hasta que empiece el verano y, para entonces, ya habrán pasado ocho meses.

Albert pasa todo el día en la oficina entre reuniones, reportes y asesorías técnicas. Sus idiomas son útiles aquí también. Puede comunicarse con ingenieros venezolanos que vienen de visita, con estadounidenses que no hablan español, con europeos que trabajan en proyectos conjuntos.

Los muchachos más grandes también trabajan y estudian. Patricia y José Gregorio salen en la mañana a la escuela y regresan en la tarde. Hablan en inglés entre ellos y se adaptan muy rápido como solo los jóvenes pueden.

Pero Elba se queda sola, en una casa grande y vacía. Mirando la nieve.

Albert la observa desde la sala con preocupación. Su esposa, que mandaba en Caracas, ahora solo obedece al clima. Se levanta tarde, se duerme temprano. Fuma y mira por la ventana, no pelea ni grita. Nunca pone sobrenombres crueles y esa ausencia de furia es lo que más lo asusta.

Albert intenta animarla.

—Vení, vamos a dar una vuelta.

—¿Pa' qué? ¿Pa' ver nieve? No, gracias.

—¿Queréis que invitemos a los vecinos?

—No hablo inglés, Albert. ¿De qué voy a hablar con ellos?

Pero Albert insiste y una tarde llega del trabajo con una idea que cree brillante.

—Invité a los vecinos a cenar el viernes.

Elba lo mira desde el sofá y le tuerce los ojos para demostrar su descontento.

—¿Y vos pa' qué te ponéis a estar invitando gente?

—No seas antipática. Son los Miller. De la casa de al lado. No son extraterrestres.

—Albert, yo no hablo inglés.

—Yo traduzco. Vení, va a estar bien, si no vais a salir de esta casa, aunque sea tenéis que recibir gente.

Elba no dice que sí. Pero tampoco dice que no.

El viernes llega. Elba pasa el día cocinando. Hace pabellón criollo: carne mechada, arroz, caraotas negras, tajadas. Usa los ingredientes que consiguió en un mercado latino a una hora de distancia, le sale bien. La casa huele a Venezuela.

Los Miller llegan a las siete en punto. Traen una botella de vino tinto y sonrisas educadas.

Son una pareja de unos cincuenta años. Él trabaja en finanzas. Ella es maestra de primaria. Hablan despacio

cuando ven que Elba no entiende inglés, como si hablar despacio hiciera que ella fuera a entender.

Se sientan en la sala, Albert traduce. Mr. Miller pregunta sobre Venezuela. Albert explica. Mrs. Miller dice que nunca ha estado en Suramérica pero que siempre ha querido ir a Machu Picchu.

Elba sonríe. Asiente. No entiende nada.

Albert traduce:

—Dice que Machu Picchu está en Perú, no en Venezuela.

Mrs. Miller se ríe avergonzada.

—*Oh, of course. I'm so sorry.*

Elba sigue sonriendo. Sigue sin entender.

Pasan a la mesa. Elba sirve el pabellón. Los Miller lo miran con curiosidad mezclada con precaución, prueban y mastican despacio.

—*It's... interesting* —dice Mr. Miller. *Very flavorful*.

Albert traduce:

—Dice que está muy sabroso.

Elba sabe que eso no es exactamente lo que dijo, pero asiente de todas formas.

La conversación sigue y Albert traduce todo. Los Miller hablan de sus hijos en la universidad y de sus planes para el verano. Del clima horrible este invierno y del petróleo, Mr. Miller es muy curioso con el trabajo de Albert.

Elba come en silencio. Cada vez que alguien le pregunta algo, Albert traduce. Ella responde. Albert vuelve a traducir y así sucesivamente. Es como estar en una obra de teatro donde ella no tiene líneas propias, solo réplicas filtradas por otra voz.

Después de la cena, Mrs. Miller ayuda a recoger los platos. Le dice algo a Elba en inglés. Elba no entiende y sonríe.

Mrs. Miller mira a Albert. Albert traduce:

—Pregunta si queréis ayuda para lavar.

—No, gracias —dice Elba en español. Luego, haciendo un esfuerzo—: *No... no, thank you.*

Mrs. Miller sonríe.

—¡*Your English is very good!*

Elba no entiende el cumplido, aunque por el tono sabe que es algo positivo. Sonríe de vuelta.

Los Miller se van a las diez, agradecen la cena y dicen que tienen que repetirlo pronto en su casa.

Elba está en la cocina lavando platos. No dice nada.

—¿Viste? No estuvo tan mal —dice Albert.

Elba sigue lavando. El agua caliente le quema las manos, pero no las saca.

—Elba...

—No quiero volver a hacer eso.

—¿Por qué? Fueron simpáticos.

Ella cierra la llave y se seca las manos con el trapo. Lo mira a los ojos.

—Vos estabas ahí hablando con ellos. Yo estaba ahí sentada como mueble. Sonriendo cuando vos me decías que sonriera y comiendo cuando todos comían. Como si yo fuera una muñeca que vos movéis.

—Yo traduje todo…

—No es lo mismo —la voz se le quiebra—. No es lo mismo hablar que escuchar que alguien hable por vos.

Enciende un cigarrillo, sale al patio trasero donde la nieve sigue acumulada, aunque ya es abril. Se queda ahí fumando en el frío, sola, hasta que el cigarrillo se acaba.

No vuelven a invitar a nadie.

El cilantro

Nueva Jersey, 1980

Una tarde de verano de 1980, Albert llega del trabajo y encuentra a Elba sentada en el sofá con las bolsas del supermercado en el piso todas desparramadas.

—¿Qué pasó, *dushi*?

Elba no responde. Tiene los ojos rojos, no de llorar, de furia contenida.

—Elba, ¿qué pasó?

—Nada.

—Las bolsas están ahí…

—¡Que no pasó nada, coño!

Albert conoce ese tono. Se sienta en la silla frente a ella y espera.

Elba enciende un cigarrillo, fuma la mitad antes de hablar.

—Fui al supermercado. Como siempre. Agarré lo de la lista. Llegué a la caja. Todo bien. Pero había una cosa que no encontraba. Cilantro. Yo busqué en todas las verduras. No había. Le pregunté a un muchacho que estaba acomodando cajas.

Albert escucha sin interrumpir.

—Le dije: "Cilantro. *Do you have* cilantro?" Como vos me enseñaste a decirlo y me miró como si yo estuviera hablando en chino. Me dijo algo que no entendí. Yo repetí: "Cilantro." Hice así con las manos, como las hojitas.

Elba hace el gesto.

—Él seguía sin entender. Llamó a otro. Ese tampoco entendía. Entonces yo saqué el papel donde vos me escribiste la palabra. Se lo enseñé. Los dos lo miraron. Hablaron entre ellos. Uno se rió.

La voz se le quiebra.

—No sé si se estaban riendo de mí o de otra cosa. Pero se rieron. Y yo me quedé ahí parada con ese papel en la mano sintiéndome como una pendeja.

Albert intenta tocarle la mano. Ella la retira.

—Al final uno me llevó donde estaban las especias. Me dio esto.

Saca de la bolsa un frasquito pequeño de vidrio que dice: cilantro seco.

—Esto no es cilantro, Albert. Esto es polvo verde. El cilantro es fresco, vos sabéis. Tiene olor sabroso, esto no huele a nada.

—Mañana vamos juntos al mercado latino. Allá sí tienen…

—¡Yo no quiero ir al mercado latino que queda a una hora! ¡Yo quiero poder comprar cilantro en el supermercado de la esquina sin que me miren como a una idiota!

Echa el frasquito al piso. Rueda hasta debajo del sofá.

—Ya no quiero estar aquí, Albert. Ya no aguanto más.

Se levanta. Deja las bolsas sin guardar y se encierra en el cuarto.

Albert se queda en la sala. Recoge el frasquito de cilantro del piso y lo mira. Un producto de McCormick que dice "*Dried Cilantro Leaves*." No huele a nada.

Guarda las bolsas del supermercado en silencio.

Esa noche Elba no cocina. Comen pan con queso y ninguno de los dos habla.

Los domingos

Nueva Jersey, 1981

Los domingos Elba llama a Cabimas.

Siempre a la misma hora: once de la mañana en Nueva Jersey, que es mediodía en Venezuela. Después de misa, cuando sabe que sus hermanas Blanca y Elena ya están en la casa.

Albert le puso un teléfono en la cocina con un cable largo para que pueda sentarse mientras habla. Las llamadas internacionales cuestan una fortuna, pero él no dice nada. Sabe que esas llamadas son lo único que mantiene a Elba contenta.

Un domingo de octubre de 1981, Elba marca como siempre. El teléfono suena cinco veces antes de que contesten.

—¿Aló?

Es la voz de Blanca. Ronca como la de Elba, pero más aguda.

—Blanca, soy yo.

—¡Elba! ¿Cómo estáis? ¿Ya se acabó ese frío horrible?

—Todavía no. Empieza en noviembre.

—Ay, hermana, yo no sé cómo aguantáis eso. Aquí tenemos cuarenta grados y la gente se está muriendo de calor.

Elba sonríe, extraña hasta el calor de Cabimas.

—¿Cómo están por allá?

—Bien, todos bien. Mamá bien, Enrique también y los niños echando vaina. Elena sigue soltera, ya sabéis cómo es

ella, con el Chevettico estacionado en el garaje todavía, imagináte que ni lo saca. Anda grillúa.

Entonces, de fondo, Elba escucha algo que la detiene. Risas, bromas, música gaitera.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Ah, tenemos visita. Vinieron los primos de Maracaibo. Llegaron ayer. Están aquí en el patio echando el cuento.

Elba escucha más cerca. Alguien grita. Otro se ríe. Una mujer canta. Reconoce esa canción: una gaita que ponen todos los diciembres pero que alguien decidió poner en octubre porque sí, tiene ganas de escucharla, en Cabimas nadie espera diciembre para las gaitas.

—¿Queréis hablar con ellos? —pregunta Blanca.

Elba abre la boca para decir que sí. Pero se detiene.

—No, déjalos. Están ocupados. Sigan disfrutando

—¿Segura? Están aquí al lado…

Hablan unos minutos más. Elba pregunta por cosas que no le importan, solo para estirar la llamada. Cuando cuelga, se queda con el auricular en la mano un momento largo.

Desde la cocina de Nueva Jersey, puede escuchar todavía el eco de esas voces. La vida que sigue en Cabimas y las visitas dominicales. El patio lleno de gente con música sin motivo. La risa que no necesita traducción. Todo eso existe. Sigue existiendo, pero sin ella.

Albert entra a la cocina. La ve ahí sentada con el teléfono todavía en la mano, melancólica.

—¿Cómo están?

—Bien. Todos bien.

—¿Y Blanca?

—Bien también. Tienen visita.

Albert asiente. Abre el refrigerador. Saca jugo de naranja.

Elba cuelga el teléfono al fin. Se queda mirando por la ventana de la cocina el jardín de los vecinos y el césped perfectamente cortado, ni una hoja fuera de lugar.

—Albert. Yo quiero irme.

No es la primera vez que lo dice, aunque esta vez suena diferente. No es amenaza ni drama. Es una decisión.

Albert deja el jugo sobre la mesa y se sienta frente a ella.

—¿Queréis que invite a María Carla otra vez?

Elba niega con la cabeza.

—No sirve. Ella viene, se queda unos meses, se va, y yo vuelvo a quedarme aquí. Eso no resuelve nada.

—¿Entonces qué queréis?

Elba lo mira directo a los ojos.

—Quiero que nos volvamos. Ya. No en dos años cuando te jubiléis. No cuando termine tu misión. Ahora.

Albert no responde de inmediato.

—Dame un año —dice al fin—. Déjame organizar las cosas en la oficina. Un año y nos vamos.

Elba asiente. No dice nada más y enciende otro cigarrillo. Sale al patio donde la temperatura empieza a bajar y las hojas de los árboles caen.

Para apagar la tristeza de Elba mientras organiza el regreso, Albert invita a María Carla y a sus nietos. Ellos pasan seis meses de vacaciones, acompañando a Elba. Sin embargo, al irse la depresión vuelve.

Pasa los días pegada al televisor que no entiende. Come cualquier cosa. Ya casi fuma tres cajetillas diarias y se consume en un aburrimiento tan lento que los minutos le parecen horas.

Albert le dice que salga. Que camine. Ella lo intenta. Pero no logra alejarse más de unas cuantas cuadras. Se siente pequeña en las calles de Nueva Jersey. La abruma el tamaño de la ciudad.

Viernes Negro

Nueva Jersey, 1983

El teléfono suena un viernes 18 de febrero. Suena dos veces, tres, cuatro.

Albert está en la cocina preparando café. El agua hierve con un silbido bajo. Elba está en el sofá, envuelta en una manta, mirando la nieve que no para desde el martes. Los copos caen lentos, espesos, contra el vidrio.

Albert deja la cafetera y contesta. Escucha. Su cara cambia. Elba lo ve desde el sofá, ve cómo la mano que sostiene el auricular se tensa, cómo los dedos se aferran al plástico. Apaga el cigarrillo de golpe.

Del otro lado del auricular está Marcos Chacón, desde Cabimas. Las palabras llegan como ráfagas: devaluación, control de cambio, el bolívar a 4.30 ya no existe, el gobierno cerró el mercado de divisas esta mañana. Venezuela, el país petrolero más rico de Latinoamérica, acaba de admitir que se quedó sin dólares.

Albert no habla. Solo escucha. Cuando cuelga, el auricular pesa. Se queda inmóvil, mirando la nevera blanca, el reloj encima de la cocina que marca las nueve y cuarto de la mañana.

—¿Qué pasó? —pregunta Elba desde el sofá.

—El bolívar cayó. El país se jodió.

Elba no dice nada. Enciende otro cigarrillo. El humo sube lento hacia el techo.

—¿Y la pensión? —Pregunta al fin.

—La pensión ahora no me preocupa. Primero tengo que jubilarme.

Albert se sienta en la silla de la cocina. La silla cruje. Apoya los codos en la mesa de formica. Saca papel y bolígrafo. Escribe números. El sueldo de Lagoven en Nueva Jersey está en dólares, eso lo beneficia. Pero los ahorros en Venezuela… Hace cálculos. Borra. Vuelve a empezar. La punta del bolígrafo raspa el papel.

Elba se acerca. Se detiene detrás de él, mira los números por encima de su hombro. Huele a tabaco, a su propio perfume mezclado con el frío que aún lleva en la ropa.

—¿Alcanza?

—Para vivir, sí. Pero los planes que teníamos hay que revisarlos.

Ella no pregunta qué planes. Los dos saben. El apartamento nuevo. El viaje a Europa. El cambio de carro. Cosas que ahora se alejan un poco más.

Elba vuelve al sofá. No enciende otro cigarrillo. Mira la nieve. Los copos siguen cayendo, igual que antes, igual que siempre. Pero algo en su mirada ha cambiado.

Afuera, el jardín sigue congelado. El silencio es tan denso que se oye el zumbido del refrigerador, el aire caliente que sale por el respiradero de la calefacción.

Albert sigue en la cocina, haciendo números. El bolígrafo raspa. Una y otra vez.

La vida sigue. Los días pasan. La nieve se derrite, vuelve a caer, se derrite otra vez

Una noche, Elba está en el sofá con un vaso de whisky en la mano. El cigarrillo humea en el cenicero. Albert la mira desde la cocina. Ella apaga el cigarrillo, da un trago, y habla.

—Mirá, Albert. Yo me voy.

La voz suena tranquila, como si llevara meses ensayando esas palabras.

—Vos te quedáis si queréis. Yo me voy para Caracas.

Albert la mira. Ella no aparta la mirada. El vaso de whisky brilla bajo la luz de la lámpara.

—Está bien —dice Albert.

A la mañana siguiente, llama a la compañía y habla con recursos humanos. El hombre al otro lado de la línea dice que entiende, que ha sido un buen trabajador, que puede volver cuando quiera.

Esa noche, cuando se lo dice a Elba, ella llora. Las lágrimas simplemente corren por su cara mientras lo abraza.

—Gracias —susurra con esa voz gruesa quebrada—. Gracias por entender.

Afuera, la nieve ha empezado a derretirse. Por primera vez en meses, se ve un poco de tierra oscura en el jardín.

De vuelta a Caracas

Caracas, 1984

Regresan a Caracas en junio. Elba besa el piso del aeropuerto de Maiquetía. Literalmente, se agacha y besa el suelo como peregrino que llega a tierra santa. Cuando sale del terminal, una corriente de aire caliente y vapor le golpea la cara. Elba se detiene para inhalar el olor del Mar Caribe. Se llena los pulmones varias veces y suelta el aire lentamente. La brisa le despeina los cabellos.

—Imagináte, lo que yo había deseado este momento —le dice a Albert.

Albert se ríe.

El apartamento los recibe igual que como lo dejaron. Las plantas del balcón están secas —la vecina que las cuidaba se olvidó de regarlas— pero todo lo demás está intacto.

Elba abre las ventanas. El aire fresco de Caracas entra como bendición. Se asoma al balcón y ve el Ávila verde contra el cielo azul. Escucha el tráfico, las voces de la gente en la calle, las guacamayas y las guacharacas chillando en los árboles. Y entonces, nítido, el pregón:

—¡El paaan calienteee!

—Ya estoy en mi casa —dice, y su voz vuelve a ser firme.

Esa misma tarde, Elba baja al abasto portugués de la esquina. El señor Antonio, que ha estado allí desde que se mudaron, la recibe con los brazos abiertos.

—¡Señora Elba! ¡Qué alegría verla! ¿Cómo le fue en ese frío?

—Uy, ese frío es arrecho, Antonio.

Ella recorre los pasillos lentamente, tocando las latas, los paquetes, las bolsas de harina. Compra cilantro fresco —no ese polvo seco sin olor que usaba en Nueva Jersey—, tomates, cebollas, ajíes. Cuando vuelve al apartamento, la cocina huele a Venezuela otra vez.

Ese mismo fin de semana agarran viaje por carretera para visitar a la familia en Cabimas. Pero cuando regresan, comienza la rutina.

Los miércoles por la noche, Elba saca su cartera y dice:

—Albert, mañana es jueves. ¿Preparaste los zapatos?

El bowling se ha convertido en su obsesión. Tiene su propio par de zapatos, su bola con sus iniciales grabadas, y una manera de lanzar que intimida a sus contrincantes.

—Esa bola camina sola —dicen las amigas cuando Elba hace un *strike*.

Ella no camina, ella rueda, y luego hace ese gesto, medio baile, medio burla, que aprendió de las películas americanas pero que en ella se vuelve puramente zuliano.

Después del bowling, van a la terraza del club de Lagoven. Piden cervezas bien frías. Elba pide la suya con un poco de sal en el borde del vaso, al estilo mexicano. Se sientan a ver caer la tarde sobre Caracas, las luces que empiezan a encenderse en los cerros, el Ávila que se oscurece lentamente.

—Esto es vida —dice Elba, y levanta su cerveza.

Los fines de semana el apartamento vuelve a llenarse.

Las amigas de Elba, Ancrí, Mercedes y Josefina; llegan los sábados después del almuerzo. Se sientan en la sala con sus carteras en el regazo y sus cigarrillos Belmont sin filtro. Elba saca las cartas de ajiley, las baraja con esa rapidez que siempre impresiona a las visitas, y reparte.

—Vamos a ver quién tiene suerte hoy —dice, mientras echa el primer vistazo a sus cartas con ojos de depredadora.

Albert atiende el bar. Prepara los whiskys para Elba, dos dedos, tres cubos de hielo, y los rones para las visitas. Él prefiere cerveza, bien fría, que bebe despacio mientras mira el juego desde lejos.

—¡Te vi, Josefina! —Grita Elba en algún momento—. Esa carta no era pa vos.

—Tramposa —dice Ancri, y todas ríen.

Las partidas duran horas. A veces apuestan, a veces solo juegan por el honor. El cenicero se llena de colillas. La música suena bajito en el equipo, Billo's, siempre Billo's, y la conversación salta de los chismes de Los Chaguaramos a los recuerdos de Cabimas, a las anécdotas de cuando eran jóvenes y el petróleo parecía inagotable.

Cuando las visitas se van, Elba recoge las cartas lentamente. Baraja una última vez, como si ya estuviera pensando en la próxima partida.

—¿Ganaste? —pregunta Albert desde la cocina.

—Siempre —dice ella, y sonríe.

Dos meses después del regreso, Albert se jubila. Tiene cincuenta y ocho años. Cuarenta años de servicio en la industria petrolera. Primero Creole, luego Lagoven.

La pensión es muy buena. Pueden vivir bien y hacer lo que siempre quisieron: viajar, visitar a la familia regada por el mundo, y estar juntos.

Durante años lo hacen, conocen Europa, las islas del Caribe, Hawái. Lugares que Albert soñó de niño en Paramaribo cuando leía libros de geografía en la biblioteca pública. Visitan Surinam, Países Bajos, Curazao, Canadá, para ver a los hermanos y a la mamá de Albert. Pero siempre regresan a Caracas.

Tienen una rutina sencilla. Albert se levanta temprano y camina hasta la panadería. Compra el pan caliente. Elba hace café, café fuerte, negro, con azúcar, que huele a hogar. Desayunan juntos en la mesa de la cocina mientras escuchan las noticias en la radio. Después Albert lee el periódico sentado en su sillón marrón. Elba ve su novela o llama a sus hermanas en Cabimas.

Los domingos almuerzan con los hijos, o van al club de Lagoven a jugar bowling y tomar cervezas. Elba siempre insiste en ir, aunque a veces llueva.

—El bowling no moja —dice—. Y las cervezas tampoco.

Es una vida simple. Por primera vez en cuarenta años, Albert puede descansar.

Elba también.

El Caracazo

Caracas, 1989

Es 27 de febrero. Albert se despierta con el ruido de unos helicópteros. No es inusual, Caracas siempre tiene helicópteros sobrevolando, sirenas de policías y ambulancias. Tráfico de locos. Pero este ruido es diferente, más bajo, más constante, como si estuvieran patrullando.

Son las siete de la mañana de un lunes. Elba todavía duerme. Ronca suavemente, parece que tiene grava en los pulmones. Anoche se acostó con un ataque de migraña fuerte.

Albert va a la cocina, monta el café y enciende la radio. Las noticias hablan de disturbios en Guarenas, de gente protestando por el aumento del pasaje. Autobuses quemados. Saqueos en algunas tiendas.

Albert frunce el ceño. Guarenas está cerca, a media hora de Caracas.

Enciende el televisor. Las imágenes son caóticas. Gente corriendo, humo por todas partes, vidrios rotos en las vitrinas. Un reportero habla rápido, con voz nerviosa. Los disturbios se extienden hacia Caracas. Saqueos en Catia, en Petare, en el 23 de Enero, en el Centro.

Elba sale del cuarto. Todavía con la bata de pijama, el pelo despeinado. Un pañuelo con mentol le amarra la cabeza para calmar la migraña.

—¿Qué pasa?

—Saqueos. Por el aumento del pasaje.

—¿Cuál aumento?

—Carlos Andrés subió el pasaje. Treinta por ciento. Y la gasolina también.

Elba se sienta frente al televisor, mira sin parpadear. Gente sacando neveras de una tienda, cargándolas en el lomo como si no pesaran. Televisores, sacos de arroz, hasta una res que lleva un hombre delgado sobre la espalda.

Llama angustiada a su hija María Carla, que vive en Maracaibo con los niños.

—Esa muchacha no contesta, Albert. Seguro se fue a llevar los niños al colegio sin ver el noticiero. Qué mala maña tienen de salir sin saber qué está pasando en el país. Dios mío.

Albert intenta calmarla.

—Tranquila. Ella sabe. Tal vez se está bañando.

En la televisión, la imagen de Carlos Andrés Pérez aparece y desaparece entre interferencias. Elba lo señala con el cigarrillo.

—Ese es el mismo del setenta y cinco —dice—. El del "ta barato".

Albert asiente, lo recuerda. Las fotos en los periódicos de aquel año. El país nadando en dólares. Los viajes a Disney.

La voz del periodista dice algo sobre el precio del petróleo. Albert hace el cálculo mental, el mismo que ha hecho toda su vida. Veintisiete dólares el barril en 1985. Diez en 1986. La mitad. Menos de la mitad.

—Arabia Saudita inundó el mercado —dice el periodista.

Elba apaga un cigarrillo y enciende otro.

—¿Y eso qué significa?

Albert no responde. Mira la pantalla. Hablan de deuda externa, de inflación, de un "paquete" de medidas.
Aumento de la gasolina y liberalización de precios.

—El Fondo Monetario —dice Albert en voz baja.

Elba no pregunta. Ya sabe.

En la pantalla, la calle arde.

A las diez de la mañana, los saqueos llegan a Los Chaguaramos. Albert y Elba miran desde el balcón. A dos cuadras, ven gente corriendo con cosas. Una mujer carga un ventilador. Un hombre empuja un carrito de supermercado lleno de cajas.

—Hay que cerrar las rejas —dice Albert.

Bajan. Cierran el portón del edificio con cadena y candado. Los vecinos hacen lo mismo en las otras rejas. El señor del apartamento 3B, un médico jubilado, baja con un bate de béisbol.

—Por si acaso suben del cerro —dice.

—Yo también tengo el mío y una china —contesta Elba.

Esa frase se repite todo el día. Por si suben del cerro. El miedo de que los pobres de los barrios bajen a las urbanizaciones.

Albert no dice nada, piensa en los saqueadores. También son venezolanos, piensa. También tienen hambre. Pero tiene miedo. Sesenta y dos años, no puede defenderse contra una turba.

El presidente da cadena al mediodía. Carlos Andrés Pérez, el mismo de 1975, catorce años después. Habla de orden y de ley. Suspende garantías constitucionales. Toque de queda de seis de la tarde a seis de la mañana. Elba fuma un Belmont tras otro. Segunda cajetilla del día.

—Esto no era así antes —dice.

Albert asiente. Antes había problemas, pero había estabilidad. Esto es diferente.

Por la tarde, los helicópteros no paran. Vuelan muy bajo. Albert ve las ametralladoras montadas en las puertas, los soldados con cascos asomados.

A lo lejos, ráfagas de ametralladora. No constantes, intermitentes, como triquitraques amplificados.

En el televisor, las imágenes siguen llegando. Gente corriendo, soldados apuntando, cuerpos en el suelo. El canal corta la transmisión. Una pantalla dice: Transmisión interrumpida por orden gubernamental. Luego vuelve, pero ya no muestran cadáveres. Solo helicópteros, tanquetas, soldados patrullando.

Esa noche no duermen. El toque de queda empieza a las seis. Las calles quedan vacías. Los helicópteros, las ráfagas, las sirenas no paran en toda la noche.

Albert se para en el balcón. Caracas a oscuras, solo algunas luces de edificios encendidas. Una ciudad fantasma.

Piensa en el petróleo. En los cuarenta años trabajando en el Zulia y en Falcón. En los pozos que auditó, en los barriles que certificó. ¿Para qué sirvieron tantas horas? Un país sentado sobre océanos de petróleo, y las arcas vacías. El aumento de la gasolina. Los saqueos.

—Albert —dice Elba desde el cuarto—. Vení a dormir.

—Ya voy.

Se queda un rato más. Escucha los helicópteros. Piensa que el sueño petrolero está muriendo en las calles, con las balas de la Guardia Nacional.

El segundo día es peor. 28 de febrero. Martes. Los saqueos continúan en Caracas, Maracaibo, Valencia, Barquisimeto. Todo el país ardiendo.

Los muertos se cuentan por cientos. Oficialmente trescientos. Extraoficialmente más de mil. Nadie sabe con certeza, los hospitales colapsan. Las morgues no dan abasto. Fosas comunes en La Peste, en el Cementerio General del Sur. Cuerpos sin identificar, sin avisar a las familias.

Albert y Elba no salen del apartamento. Tienen comida: arroz, pasta, harina de maíz, enlatados. Albert siempre

mantiene la despensa llena. Desde Nueva Jersey aprendió que las crisis llegan sin avisar.

Elba camina por el apartamento sin parar. Fuma. Se queda absorta viendo la televisión.

—¿Cuándo va a parar esto?

—No sé.

—¿Y si no para?

—Va a parar. Siempre para.

Pero Albert no está seguro. Esto se siente diferente. No es un simple disturbio. Es como una ruptura que no tiene reparación.

El tercer día, los saqueos disminuyen. Ya no hay mucho que saquear. Las tiendas están vacías, los supermercados destrozados. La Guardia controla las calles. Pero el miedo no se va.

Albert baja a comprar el periódico. Es la primera vez que sale en tres días. El portón del edificio sigue cerrado con candado. El vecino del 3B todavía tiene el bate en la mano.

Camina hasta el kiosco de la avenida Las Ciencias. Las calles casi vacías. La Guardia vigila en las esquinas con fusiles.

El kiosquero abre apenas. Tiene cara de no haber dormido en días.

—¿Tienes periódico?

—Sí. Pero casi no hay noticias. Todo está censurado.

Albert compra *El Nacional*. La portada muestra tanquetas en la calle y soldados. El titular: Bajo Control.

Pero no está bajo control, piensa. Está reprimido. Que no es lo mismo.

Camina de vuelta. Un helicóptero pasa bajo, tan bajo que Albert ve la cara del piloto. Un muchacho joven, veinte años quizás, con cara de asustado.

Esa noche, cenan en silencio. Arroz con caraota y queso rallado. Nada especial. Pero tienen comida. Eso ya es un privilegio.

—¿Vos pensáis que esto va a cambiar algo? —pregunta Elba.

Albert mastica despacio.

—No sé. Quizás sí. Quizás no.

—Tiene que cambiar. No puede seguir así.

—El país lleva así décadas, Elba. Desde que se acabó la bonanza del 75. Desde el Viernes Negro. Esto no empezó hace tres días.

—¿Y qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer? Seguir sobreviviendo. Cuidar lo que tenemos.

Elba asiente. Enciende otro Belmont. Fuma mirando la pared. Todavía tiene el paño con mentol en la cabeza

—Yo voté por Carlos Andrés —dice de repente—. En el 73 y ahora en el 88. Porque me acuerdo del 75. Cuando íbamos a Disney y todo era posible. Cuando decíamos ta barato, dame dos. ¿Te acordáis?

Pausa. Exhala humo.

—Pero ese Carlos Andrés se murió. Este es otro. Y nosotros también somos otros.

Albert no dice nada. Elba tiene razón.

Los días siguientes son tensos. El toque de queda continúa, aunque los saqueos terminan. Caracas está herida. Vidrios rotos en cada esquina. Paredes con manchas de sangre que nadie limpia.

La Guardia patrulla con tanquetas. Los helicópteros sobrevuelan. El país vuelve lentamente a alguna normalidad, pero no es la misma normalidad, algo se rompió el 27 de febrero de 1989 que no se puede arreglar con tanquetas ni toques de queda.

El pacto social se rompió, el pueblo dejó de creer. El sueño petrolero murió en las calles con trescientos (o mil, o tres mil) muertos que nunca fueron contados correctamente.

Albert lo sabe, lo ve en los ojos de la gente cuando sale a comprar pan. En el silencio tenso de las colas. En la manera que todos miran a los lados antes de hablar.

Semanas después, Albert ve las cifras en el periódico. La información es confusa. Los reportes de fallecidos varían entre trescientos y tres mil, según quién cuente. Heridos por montones y miles de detenidos.

Albert dobla el periódico. Lo deja en la mesa.

Elba se mece en su mecedora. Remienda una blusa vieja.

—¿Leíste las noticias? —pregunta sin voltear.

—Nada. Son solo números. No dicen nada.

—¿Y ahora qué?

—Ahora sobrevivimos. Como siempre.

—¿Hasta cuándo?

Albert no responde.

Afuera, Caracas sigue su curso. El Ávila está verde, igual que siempre.

Pero algo ha cambiado. Algo que no se ve, pero se siente. Como el olor a quemado que todavía flota en algunas calles. Como el silencio de la gente en las colas. Como la mirada del piloto del helicóptero, ese muchacho de veinte años con cara de asustado.

El sueño petrolero murió en febrero.

Ahora solo quedan los números. Y no dicen nada.

Parte II: La paradoja 1992-2020

El grito de febrero

Caracas, 1992

Albert se despierta con un ruido inusual. No es la bulla lejana de siempre, este rugir es cercano, como si helicópteros volaran encima del edificio. Abre los ojos en la oscuridad. El reloj marca las 2:30 a.m. de un 4 de febrero.

—Elba —susurra—. ¿Estáis despierta?

—¿Qué es ese ruido?

—No sé. Helicópteros.

Se levantan y van al balcón. Corren la cortina.

Afuera, Caracas está extrañamente oscura. No hay luces en muchas calles, pero el cielo tiene un resplandor naranja, como los mechurrios de Cabimas.

Más helicópteros pasan volando bajo, tan bajo que Albert siente la vibración en el vidrio.

—Algo está pasando —dice Elba.

Albert enciende la televisión. Estática, cambia de canal, más estática. Otro canal, nada. Hasta que una pantalla dice: Transmisión interrumpida. Favor espere.

De golpe aparece la cara de un militar desconocido. Joven, uniforme verde, boina roja. El fondo es borroso, como un estudio de televisión.

—Pueblo de Venezuela —dice el militar con voz firme—. En el día de hoy...

Albert y Elba no duermen más esa noche. Se quedan sentados en la cama, mirando el televisor. Los canales van

y vienen: a veces transmisión normal, otras veces estática, a veces el militar con la boina roja.

A las 5:00 a.m. se escuchan ráfagas de disparos a lo lejos.

—Dios mío —murmura Elba—. Están peleando.

Albert no dice nada. Solo mira el televisor.

A las 7:00 a.m. aparece Carlos Andrés Pérez. Cara larga, ojeras grandes, despeinado, sin corbata. Dice que el golpe está bajo control, que los militares se van a rendir.

A las 8:00 a.m. el militar de la boina roja aparece de nuevo.

—Por ahora —dice.

La ciudad queda sacudida durante días.

Las calles de Caracas huelen a miedo, la gente revive el 89. En pocas horas se vacían los supermercados. Colas en las gasolineras y rumores por todas partes: otro golpe, saqueos, nadie sabe.

Elba agarra el teléfono y llama a Cabimas.

—Elena y yo estamos bien —dice Blanca—. Aunque ya esta crisis no la aguanta nadie, mi hermana.

Albert y Elba no salen del apartamento durante tres días, tienen comida. Albert es previsor, desde el 89 siempre guarda por si acaso.

Elba no puede quedarse quieta. Le vuelve la migraña, un punzazo que le martilla la cabeza. Se amarra un pañuelo con mentol en la frente.

—Abuela, te pareces a Rambo —dice el nieto.

—Cactus —así le dice al niño por su cabello lacio como pincho—, quedáte quieto. Te voy a envainar.

—¿Qué va a pasar? —pregunta Elba cada dos horas, encendiendo un cigarrillo tras otro.

Albert no sabe qué responder.

—¿Nos vamos?

—¿A dónde?

—No sé. A Estados Unidos. Con tu hermano Edgar y Joyce a Canadá. O a Curazao con tu hermana.

Albert se queda callado, casi cincuenta años en Venezuela, Caracas es su hogar. Pero el país se está desmoronando, y por primera vez desde 1944, no sabe qué responder.

Esa noche están acostados en la cama sin poder dormir. Los helicópteros ya no se oyen, pero el silencio es peor.

—Albert —dice Elba en la oscuridad—. ¿Nos vamos?

Albert mira el techo.

—No sé. ¿Vos queréis irte?

Elba se queda callada un momento largo.

—No —dice—. No quiero. Esta es mi casa. Yo nací aquí. Mis hijos nacieron aquí. Esto es mío.

—Pero si la cosa se pone peor...

—Si se pone peor, nos quedamos igual. Porque yo no me voy. Esto es mío. Y nadie me lo quita.

Albert sonríe en la oscuridad.

—Está bien —dice—. Nos quedamos.

Se duermen tomados de la mano.

Afuera, Caracas sigue sin dormir.

Por ahora.

El Banco Aladín

Caracas, 1994

Albert está desayunando cuando escucha una noticia en la radio.

—El Banco Latino ha sido intervenido por la Superintendencia de Bancos, se suspenden todas las operaciones hasta nuevo aviso.

Elba lo mira desde la cocina.

—¿Qué banco?

—Latino.

—Díos mío, ahí tenemos cobres. Te dije que los sacaras de ahí. ¡Nos jodimos!

Albert deja la taza de café en la mesa, había escuchado los rumores. Ochenta mil bolívares guardados ahí. No es su ahorro principal, el grueso está en otro banco más sólido. Pero ochenta mil bolívares es ochenta mil bolívares, ahorrados toda una vida. Suyos, fruto de su trabajo.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Elba.

—Nada. Esperar.

Albert va al Banco Latino de su zona. La sucursal está cerrada, un papel pegado en la puerta: Operaciones suspendidas temporalmente. Disculpen las molestias.

Un señor está parado frente a la puerta. Contemporáneo de Albert, alrededor de setenta años. Traje viejo y corbata. Cara de quien no pegó un ojo en toda la noche.

—Yo tenía todo ahí —le dice sin que Albert le pregunte—. Treinta años de ahorros perdidos.

Albert no sabe qué decir.

El señor sigue hablando, como si necesitara decírselo a alguien.

—Me jubilé el año pasado. Metí toda la liquidación en ese banco porque me dijeron que era seguro. El segundo banco más grande del país. Y ahora... nada. Se lo llevaron todo. El banco Aladín, le dicen ahora. ¡Qué arrechera!

Albert se queda parado un momento. Mira la puerta cerrada, el papel que dice temporalmente.

Sabe que es mentira.

Regresa al apartamento. Elba lo espera en la sala. En el cenicero hay cinco colillas.

—¿Pudiste sacar algo?

—No. Está cerrado.

—¿Y cuándo abre?

Albert enciende el televisor. En todos los canales la noticia es la misma: la crisis bancaria. Diecisiete bancos en problemas. Miles de ahorristas lo han perdido todo. Dicen que hay gente que se ha suicidado.

—No sé si abra de nuevo —dice.

Pasan semanas, meses. El Banco Latino, o Aladín, como le dicen los venezolanos, no reabre sus puertas.

Albert llena formularios. Los consigna en oficinas. Espera en colas largas. Le dicen que es un proceso legal, que hay que tener paciencia.

Pasan los años. Nunca recupera nada.

Esa noche, Albert saca los dólares que tiene escondidos en el libro de auditoría que nadie lee. Los cuenta. Los guarda de nuevo.

—¿Qué hacéis? —pregunta Elba.

—Verificando. Ella no pregunta más.

Cambio de guardia

Caracas, 1998

Albert se despierta temprano. Seis de la mañana, antes de que suene el despertador. Ahora hace eso, los hijos le dicen que es por la edad, que la gente vieja se despierta sola, que el cuerpo ya no necesita más de cinco horas de sueño.

Se levanta despacio con sus achaques: dolor de rodillas, de espalda. Tiene setenta y un años y el cuerpo le cobra cada kilómetro de la industria petrolera. Cuarenta años inspeccionando pozos y subiendo torres, caminando campos bajo el sol ardiente del Zulia.

Elba todavía duerme, ronca suavemente. Fuma tanto que hasta dormida los pulmones le suenan.

Albert va a la cocina. Monta el café en la greca italiana y mira por la ventana mientras hierve.

Se sienta en la mesa del comedor con el café. La televisión habla de las elecciones. De un comandante que hace seis años dijo "por ahora" en cadena nacional.

Elba aparece en la puerta de la cocina. Se sirve una taza de café.

—Yo como que voy a votar por ese coño —dice.

Albert la mira.

—¿Por qué?

—Porque los otros ya tuvieron su chance.

Albert no dice nada, piensa en todos los presidentes que ha visto desde que llegó en 1944. Algunos cumplieron

un poco. La mayoría no cumplió nada. Pero no lo dice. Solo toma un sorbo de café.

—Vamos a votar —dice.

El centro de votación está a cuatro cuadras. Albert conoce el camino de memoria, ha votado ahí en cada elección desde que se mudó a Caracas en 1967.

Elba camina a su lado. Lleva cartera grande y lentes oscuros. Le gusta vestirse linda y emperifollarse, así sea para ir a votar.

Se consiguen a una vecina en la cola del centro de votación. Elba le pregunta sin rodeos.

—Mirá Morela, ¿por quién vais a votar vos?

Morela tiene clara su elección.

—Por Chávez. Los otros ya tuvieron su oportunidad. Cuarenta años de democracia y mira dónde estamos. Más pobres que el coño. Sin oportunidades y la inflación disparada. Los del AD y Copei se robaron todo. Este muchacho al menos dice la verdad. Dice que el país está jodido. Y tiene razón.

Albert escucha sin decir nada.

Toma una decisión, deposita la tarjeta en la urna electoral, firma el libro de la mesa ocho y le manchan el dedo con tinta morada.

Elba está esperando afuera fumando.

—¿Por quién votaste?

—Secreto —responde Albert sonriente.

Elba lo mira con esa cara que tiene cuando sabe que no va a sacarle información, así que mejor no preguntar.

Esa noche, cuando cierran los centros de votación y empiezan a salir los primeros resultados, Albert y Elba están sentados en el sillón mirando la televisión.

Chávez va ganando con amplia diferencia. En la pantalla, miles de personas celebran en las calles con banderas rojas. "¡Se siente! ¡Se siente! ¡Chávez presidente!"

Elba sonríe.

—Ganó el Chávez.

Albert no dice nada, solo mira el televisor.

Esa noche salen al balcón, Caracas está dividida. En algunos sectores, cohetes, música y celebraciones. En otros, silencio tenso con miedo contenido.

El país paralizado

Caracas, 2002-2003

Es diciembre de 2002 y Albert ve el noticiero parado frente a la televisión, como si sentarse significara aceptarlo.

En la pantalla: las refinerías de Amuay y el Cardón con las llamas apagadas. Los tanqueros anclados en el Lago de Maracaibo. Colas de tres horas en las gasolineras de Caracas. Entrevistas a gerentes de Pdvsa diciendo que esto es necesario, que el país no puede seguir así.

Elba está en la cocina.

—¿Qué pasó?

—El paro.

—¿Y las refinerías?

—Paradas.

Elba aparece en la puerta de la cocina con el delantal puesto. Está preparando caraotas rojas, el guiso que a Albert le fascina. Lo mira a él, luego a la pantalla, luego de vuelta a él.

Albert conoce esas refinerías de cabo a rabo. Estuvo en la fundación de Amuay, las auditó. Conoce el olor del gasoil caliente, el ruido de las válvulas, la presión que sube en los indicadores cuando los pozos producen bien.

—Esto ya lo viví —dice en voz baja.

Elba apaga el cigarrillo en el cenicero con un golpe seco.

—¿Y la pensión?

—La pensión todavía está. Pero mañana no sabemos.

El paro dura sesenta y dos días.

Los venezolanos hacen colas de diez horas para llenar el tanque. La gente duerme en sus carros esperando que llegue un camión cisterna.

Albert mira las noticias. Pdvsa paralizada. Los gerentes —muchos de ellos sus antiguos compañeros, gente con la que trabajó en Lagoven— están en huelga. El gobierno los llama "saboteadores". Los opositores los llaman "héroes".

Elba opina desde la cocina:

—Son unos irresponsables. ¿Cómo van a dejar al país sin gasolina?

Albert no responde.

Una tarde, su hijo Albert lo llama por teléfono.

—Papá, ¿viste las noticias? Van a despedir a dieciocho mil trabajadores de Pdvsa. Los que participaron en el paro.

Albert se queda callado.

—Yo no me plegué —continúa el hijo—. Yo quise ir a trabajar. Pero no pude. Las instalaciones estaban cerradas. Los accesos bloqueados. Y ahora me van a despedir igual.

La voz se le quiebra. Tiene cuarenta y ocho años, administrador de Pdvsa en Maturín, treinta años de carrera, tres hijos y una esposa enferma de cáncer.

—Lo siento, hijo —dice Albert.

Esa noche, Albert está solo en el balcón. Elba ya se durmió

Piensa en su hijo, en los pozos que auditó y en las refinerías que conoció.

Abajo, Caracas titila. Las mismas luces de siempre.

El último whiskycito

Caracas, 2005

En 2005, algo peor para la vida de Albert sucede.

Elba muere en casa.

Es repentino. Había sido operada del colon días antes. Una mala recuperación postoperatoria causa una sepsis irremediable.

Albert tiene casi ochenta años. Por primera vez en décadas, está solo.

Los hijos, nietos y amigos de toda la vida lo acompañan en su dolor. Pero la casa está vacía sin Elba. Sin su voz gruesa y su carácter fuerte. Sin esa presencia que llenaba espacios.

Albert pasa varios días recordando anécdotas, viendo fotos, riéndose de la manera peculiar con que Elba veía el mundo y decía las cosas sin cortapisas. Bebe un whiskycito *on the rocks* en su nombre, como a ella le gustaba.

Es jueves. Diez días después del funeral.

Albert se despierta a las seis de la mañana porque el cuerpo no olvida cincuenta años de rutina. Abre los ojos. La cama está vacía del lado de Elba. La almohada todavía tiene la forma de su cabeza, aunque hace días que nadie duerme ahí.

Va al baño, se mira en el espejo. Un hombre de casi ochenta años.

Se viste con el mismo pantalón y camisa de ayer. Va a la cocina a preparar café.

Durante cincuenta años, Elba hacía el café casi todas las mañanas. Mientras él se levantaba, iba al baño, se vestía, y cuando llegaba a la cocina el café ya estaba listo.

Ahora la cocina está vacía.

Albert mira la cafetera italiana de aluminio. Elba la trajo de un viaje a Europa hace veinte años. Él sabe cómo funciona, ha hecho muchas veces café ahí. Pero hoy lo olvida.

El café empieza a subir con ese sonido de borboteo. Cuando sirve la primera taza y la prueba, algo está mal. Está aguado, le falta algo.

No es el café de Elba.

Lo toma de todas formas. Se sienta en su sillón marrón, enciende el televisor, pasa todos los canales sin prestar atención. Las noticias. Chávez hablando. La economía. La farándula.

Apaga el televisor. Prefiere el silencio.

Durante cincuenta y seis años este apartamento nunca estuvo en silencio. Elba llenaba el espacio con su voz, la televisión al volumen máximo, sus largas conversaciones telefónicas con las hermanas en Cabimas, el ruido de las ollas, su tos crónica de fumadora, su risa ronca, su olor a mentol en la frente.

Albert se levanta. No sabe qué hacer.

Camina al cuarto. Abre el closet.

La ropa de Elba sigue ahí. Sus hermanas le dijeron que la empacara, que la donara. Pero él no ha podido.

Mete la mano, toca una blusa fucsia de tela suave, la saca del gancho. Era su favorita. Le encantaba usarla con bermudas rosadas. A ella le gustaban esos colores estridentes, adoraba ser el centro de atención, siempre con la boca pintada de rojo.

Acerca la blusa a la nariz.

Ahí está. El olor a Elba.

No es el perfume que usaba. Es algo más profundo. El olor de su piel, de su cuerpo, de cincuenta y seis años durmiendo juntos.

Se queda ahí parado con la blusa en las manos, en medio del cuarto.

Por primera vez desde el funeral, llora.

No con sonido. Solo lágrimas que se escurren.

Cuelga la blusa de vuelta en el closet. Cierra la puerta. Se sienta en el borde de la cama con las manos sobre las rodillas.

El teléfono suena en la sala.

Albert no se mueve.

Suena cinco veces. Se calla.

Antes, Elba contestaba siempre al primer ring. No decía "aló", decía "bueno", como en las telenovelas mexicanas que tanto le gustaban. Podía pasar horas hablando por teléfono con sus hermanas y su amiga Ancri, el cigarrillo en la mano, hasta que le empezaba la migraña.

Esa misma semana empieza a llamar a todos.

Uno por uno. A cada persona que conoce.

Busca el número de Marcos Chacón. Marca.

Marcos contesta al segundo tono.

—Holandés, coño. ¿Cómo estáis?

Albert no dice nada un momento, solo escuchar esa voz es suficiente. Ese acento cabimero que no ha cambiado en cincuenta años.

—Aquí —dice al fin

Marcos entiende.

Hablan una hora. De nada importante. De Cabimas. De los domingos en el Lago. De lo que alguna vez fue. Marcos le cuenta que el malecón sigue igual, que los muchachos van todavía a pararse en la orilla aunque el agua ya no sea la misma. Que aún cuentan el chiste de cuando Albert ganó el

dominó el primer domingo que fue. Que su nombre quedó en esa historia.

Cuando cuelga, Albert piensa que algunos de ellos ya no van a contestar nunca más

Después de la muerte de Elba, Albert quiere morir.

Simplemente deja de tener razones para seguir vivo.

Come porque los hijos le ponen el plato enfrente. Se baña porque alguien lo ayuda. Toma las pastillas porque se las dejan en la mesa.

Pero no quiere estar ahí.

Durante meses después del funeral se sienta en el balcón mirando el Ávila y piensa que cualquier día se va a morir. Está listo.

Pero la muerte no llega.

Despierta cada mañana sorprendido de que su corazón todavía late.

Los hijos le celebran el cumpleaños y él no entiende para qué.

La muerte, que siempre fue puntual con todos sus amigos y familiares, con él se demora.

Los hijos notan el cambio.

El Albert que conocían desapareció. Ahora se irrita con facilidad. Todo le molesta. Grita por cualquier motivo.

—¡No me traigan más sopa! —le grita a María Carla.

—¡Déjame en paz! —le dice a Albert Enrique cuando intenta ayudarlo a pararse.

—¡Yo sé qué pastilla tomar! —le reprocha a Patricia.

Ella no responde. Sabe que no es con ella, es con todos a la vez.

Albert se queda en su sillón, mirando la ventana.

El Ávila está verde, como siempre.

Pero él ya no lo ve.

El duelo

Caracas, 2006-2008

Los primeros dos años sin Elba, Albert se vuelve otra persona.

No el Albert pragmático que sobrevivió Paramaribo, Cabimas, la nacionalización del 76, el Viernes Negro, Nueva Jersey.

Este Albert es volátil. Impredecible.

Se molesta por cosas pequeñas.

Un hijo llega tarde a visitarlo:

—¿Por qué no me avisaste? Me tenéis esperando como pendejo.

Si le mueven sus cosas de lugar:

—¡No toquen mis papeles! ¡Todo está donde tiene que estar!

Un nieto le sube el volumen a la televisión:

—¡Bajále a esa mierda! ¿Queréis dejarme sordo?

Sus hijos se miran entre ellos sin saber qué hacer.

Una tarde, Patricia lo encuentra en el balcón fumando, aunque él lo había dejado hace años.

—Papá, vos ya no fumáis.

Albert la mira con esos ojos que ya no son los del holandés pragmático de 1944.

—No me jodáis, Patricia. Si me quiero morir fumando, me muero fumando.

Patricia se queda callada.

Albert da otra fumada. Quiere que el humo le queme por dentro.

—Trabajé toda mi vida —dice sin mirarla—. Toda mi puta vida. Cuarenta años en la compañía.

—Papá...

—¿Y para qué? ¿Para qué sirvió?

—Papá, no es tu culpa.

Albert apaga el cigarrillo contra la baranda del balcón. Con fuerza.

—Lo sé —dice—. No es mi culpa. Pero tampoco sirve de nada saberlo.

Se queda mirando el Ávila. La montaña que ha visto durante cuarenta años desde ese balcón.

—Me prometieron años dorados —dice en voz baja—. Jubilación tranquila.

Pausa.

—Todo fue mentira.

Patricia le pone una mano en el hombro. No dice nada.

El Parkinson avanza. La dopamina que falta en el cerebro no solo afecta el movimiento, también afecta el ánimo. Los hijos lo saben, pero eso no hace las cosas más fáciles.

Albert tiene ochenta y un años.

Sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, una dictadura, tres golpes de Estado, cinco crisis económicas, la muerte de su esposa.

Pero esta vez siente que no va a sobrevivir.

No porque vaya a morir pronto.

Sino porque lo que murió fue la promesa.

Y sin la promesa, ¿para qué seguir?

En 2008, tres años después de la muerte de Elba, Albert se reencuentra por teléfono con su primera novia de Paramaribo. Vive en Curazao. Hablan seguido. Ella quiere

que Albert se vaya a vivir con ella. Pero él no quiere dejar Caracas.

Al año siguiente, una vieja amiga de Maracaibo, también viuda, empieza a visitarlo. Toman café. Conversan. A veces ella se queda hasta tarde.

Ninguna lo llena como Elba.

Las heridas no se cierran con el tiempo.

Solo te acostumbras al dolor.

Los raspacupos

Caracas-Miami, 2006

Albert tiene setenta y nueve años y está en un avión rumbo a Miami.

En el bolsillo de su camisa lleva una lista: gotas para los ojos, aspirinas, vitaminas, antiácidos. En Caracas no se consiguen, o cuestan lo que no tiene.

Pero con los dólares de Cadivi, a dos punto quince bolívares por dolar, las medicinas cuestan menos que un almuerzo en Caracas.

Por eso viaja, como miles de venezolanos.

El avión está repleto. Cada asiento está ocupado por familias, parejas, niños y gente sola como él.

Se sienta en el asiento de la ventana. Acomoda el cinturón. No saca el libro que trajo, sabe que no va a leer.

Una mujer se sienta a su lado. Cuarenta y tantos años, pelo teñido de rubio, uñas largas pintadas de fucsia. Lleva una cartera grande de marca que Albert no reconoce pero que se ve cara.

—Buenos días —dice ella.

—Buenos días.

—¿Va de compras?

—Voy a comprar medicinas.

—Ah. Yo también voy a comprar cosas que no se consiguen en Venezuela. Es que allá todo está carísimo. Y aquí, con los dólares de Cadivi, ta barato.

—¿Cuánto le dieron de cupo? —pregunta la mujer.

—Cinco mil dólares.

—A mí también. Es que yo viajo cada dos meses. Me gasto el cupo completo. Después pido a los familiares que no lo van a usar. Les compro pasaje y me los traigo. Todavía me sale más barato, aunque les pague comida y hotel, que comprar lo que quiero en Caracas.

Albert asiente sin decir nada.

La mujer sigue hablando. Parece que necesita llenar el silencio.

—Es que en Venezuela ya no se consigue nada. ¿Vio las colas en los supermercados? Para comprar leche en polvo y carne. Pero con Cadivi uno puede venir aquí y comprar de todo. Mandar cajas porque es más barato.

El avión despega. Caracas se hace pequeña debajo.

Albert piensa en Elba. En que debería estar sentada a su lado. Ella hubiera conversado con esta mujer y seguro se hubieran hecho amigas para ir de compras juntas.

El asiento de al lado está vacío.

La mujer se llama Mercedes. Se lo dice sin que Albert pregunte.

—Yo soy Mercedes. ¿Y usted?

—Albert.

—¿Jubilado?

—Sí. De Pdvsa.

—Ah. Entonces está bien. Los jubilados de Pdvsa tienen buena pensión todavía. No como los del IVSS que no les alcanza ni para comer.

Albert asiente. Es verdad. La pensión de Pdvsa todavía vale algo. No mucho. No como antes. Pero lo suficiente para

vivir con cuidado. Y con Cadivi, lo suficiente para viajar a Miami dos veces al año a comprar medicinas.

Mercedes saca un catálogo de una tienda por departamento. Empieza a marcar páginas.

—Mire esta cartera. En Caracas cuesta como quinientos dólares en el mercado. Aquí cuesta ciento cincuenta. ¿Ve? Ta barato. Me voy a llevar dos.

Albert la mira marcar la página, dobla la esquina.

—¿Usted no va a comprar nada más aparte de las medicinas? —Pregunta Mercedes.

—No sé. Quizás.

—Debería. Aproveche el cupo. Los dólares de Cadivi son regalados. Dos punto quince bolívares. Mientras que en la calle el dólar está como a seis o siete. Es una locura no aprovechar.

Albert asiente sin decir nada.

—Yo antes no viajaba tanto —sigue Mercedes. Pero desde que hay Cadivi, vengo cada dos meses. Me quedo en casa de una prima que vive en Doral. Voy a todos los malls. Me traigo maletas llenas.

El avión cruza el Caribe. Albert cierra los ojos.

Piensa en el viaje a Disney con Elba y los muchachos. En Manuela y Blanca. En el Contemporary Resort. En el castillo de Cenicienta. En José Gregorio vomitando después de Space Mountain.

Piensa en Elba en el balcón fumando un Belmont diciendo que podrían volver cada dos meses como la señora Mercedes.

Aquí está. Volviendo a Miami, pero solo, sin Elba y no a Disney, a comprar gotas para el ojo seco.

La historia se repite, pero nunca exactamente igual.

Llegan a Miami al mediodía.

El aeropuerto está lleno de venezolanos, más que hace treinta años. Colas enormes en inmigración, familias con maletas vacías preparadas para llenarse de compras, gente hablando en español por todas partes.

Albert pasa inmigración, recoge su maleta y sale.

Mercedes lo alcanza en la salida.

—¿Tiene cómo llegar a su hotel?

—Voy a tomar un taxi.

—Yo también. ¿Compartimos? Sale más barato.

Albert acepta.

Suben al taxi. Un cubano viejo que habla español con acento de La Habana.

—¿Venezolanos?

—Sí.

—Hay muchos venezolanos últimamente. Vienen a comprar de todo. Llenan los malls. Gastan como locos y dicen que en Venezuela no hay nada.

Mercedes se ríe.

—Es verdad. No hay nada. Por eso venimos aquí.

El taxista asiente. No dice nada más. Pero Albert ve su cara en el espejo retrovisor, una mueca que no es exactamente sonrisa.

Mercedes se baja primero en el Doral.

—Fue un gusto conocerlo, Albert. Si necesita algo, aquí tiene mi número.

Le da una tarjeta. Albert la guarda en el bolsillo sabiendo que nunca la va a llamar.

El taxi sigue hasta el hotel de Albert. Uno sencillo, nada lujoso.

Afuera, Miami brilla bajo el sol. Caliente y húmeda, como Maracaibo y Cabimas.

Albert saca la lista que trajo. Medicinas que necesita comprar:

Gotas para el ojo seco (2 cajas).
Aspirina (1 frasco).
Vitaminas (1 frasco).
Tabletas masticables de antiácido (4 tubos).

Eso es todo.

Esa es su lista de compras.

No hay carteras o ropa cara. No hay televisores ni whisky ni perfumes.

Solo medicinas, porque tiene setenta y nueve años y el cuerpo se está cayendo a pedazos.

Dobla la lista. La guarda en el bolsillo.

Mañana irá a comprar sus medicinas. Volverá al hotel. Pasado mañana regresará a Caracas.

Esa noche come solo cerca del hotel.

La cuenta es doce dólares. Veinticinco bolívares. Barato, como todo con Cadivi.

Está terminando el café cuando un hombre se acerca a su mesa.

Cuarenta y tantos. Venezolano por el acento. Vestido y perfumado, con reloj caro en la muñeca.

—Disculpe, ¿es usted venezolano?

—Sí.

—Mucho gusto. Me llamo Gustavo. Lo vi solo y pensé que quizás podría ayudarlo.

Albert no dice nada. Espera.

—Mire, yo me dedico a ayudar a venezolanos que vienen a Miami a comprar medicinas como usted. Gente que no va a gastar todo el cupo. Yo les compro el cupo completo, les pago quinientos dólares en efectivo, les pago el hotel y las comidas. Y usted vuelve a Caracas con sus medicinas y con plata extra. Todo legal. Todo tranquilo.

Albert lo mira sin pestañear.

—Es un buen negocio —sigue Gustavo.

—¿Y qué compra usted con mi cupo? —pregunta Albert.

—De todo. Electrodomésticos. Televisores. Ropa de marca. Cosas que en Venezuela se venden caras. Las vendo allá y saco ganancia. Ese es mi negocio, ¿entiende?

Albert entiende perfectamente.

—Hago esto con muchos venezolanos —dice Gustavo—. Es buen negocio para todos. Yo gano. Usted gana. Todo el mundo contento.

Albert deja la taza de café sobre la mesa.

Se para.

Mira a Gustavo directo a los ojos.

—Anda a comer mierda, hijo de puta.

Albert se da la vuelta, sale del restaurante. Deja diez dólares sobre la mesa.

Camina por la calle de Miami bajo las luces de neón, entre venezolanos cargando bolsas de compras.

A la mañana siguiente compra todo lo de su lista. Solo agrega una golosina de chocolate de las que le gustaban a Elba.

El cajero le pregunta si encontró todo lo que buscaba.

—Sí —dice Albert.

Vuelve al hotel con una bolsa pequeña. En ella caben todas sus compras: dos cajas de gotas, un frasco de aspirina, un frasco de vitaminas, cuatro tubos de antiácido y un chocolate.

Eso es todo lo que necesita un hombre de setenta y nueve años para seguir vivo en un país donde no se consigue nada.

Pasa el resto del día en el cuarto del hotel mirando televisión en inglés

Al día siguiente toma un taxi al aeropuerto. Sube al avión. Vuelve a Caracas.

Mercedes no está en el vuelo de regreso. Probablemente se quedó más días, aprovechando los malls, llenando maletas.

Albert va en el asiento de ventana nuevamente. Miami se hace pequeña debajo.

El Federal

Caracas, 2009

Albert está en el sillón cuando su hijo Albert Enrique llega con cara de preocupación.

—Papá, ¿vos tenías plata en el Banco Federal?

Albert levanta la vista del periódico.

—Sí. ¿Por qué?

—Lo intervinieron. El gobierno lo intervino esta mañana.

Albert deja el periódico en la mesa, traga grueso.

—¿Cuánto tenías ahí? —pregunta Albert Enrique.

—Como doscientos mil.

No es su ahorro principal. Después del Banco Latino, en el 94, Albert nunca más puso todo en un solo lugar. Reparte: un banco para la pensión, otro para ahorros, los dólares escondidos en el libro. Pero doscientos mil es doscientos mil.

—Coño de la madre —dice en voz baja.

—Puede que esta vez sea diferente —dice Albert Enrique—. Chávez dijo en cadena que el Estado se va a hacer cargo. Que Fogade va a devolver el dinero.

Albert lo mira.

—Eso dijeron en el 94 también.

—Pero esta vez.

—Esta vez nada. Ya vimos esa película.

Se queda mirando por la ventana.

Piensa en el Banco Latino, en el señor frente a la puerta cerrada, en los formularios que llenó durante meses, en los años esperando.

—Ochenta mil perdí en el 94 —dice—. Y ahora doscientos mil. Uno aprende, pero nunca lo suficiente.

Pasan semanas.

Albert no va al banco. Ya sabe cómo es esto.

Pero esta vez algo es diferente.

FOGADE empieza a procesar devoluciones. Lento, burocrático, con filas y formularios.

Pero funciona.

Dos meses después, Albert Enrique llega con un sobre.

—Papá, mirá.

Es un cheque por el monto completo.

Albert lo toma, lo mira y lo lee dos veces.

—¿Me devolvieron todo?

—Todo.

Albert se queda callado.

No es alivio ni es alegría. Es algo que no sabe nombrar.

Guarda el cheque en la billetera.

Esa noche, solo en el apartamento, piensa en el 94. En Caldera, en el Banco Latino, en los ochenta mil que nunca volvieron. Y ahora en el 2009, con Chávez, en los doscientos mil que sí volvieron.

No sabe qué pensar.

Solo sabe que esta vez recuperó su dinero.

Y que eso no había pasado nunca.

El funeral eterno

Caracas, 2013

Es 5 de marzo. La tarde está gris, como si quisiera llover.

La televisión está prendida, el volumen alto. Albert lo sube él mismo con el control temblándole en la mano.

Las palabras se le enredan. Algo sobre el Comandante, sobre la muerte, sobre el deber de continuar.

Apaga el televisor.

Se queda mirando la pantalla negra. En ese rectángulo oscuro se ve reflejado, borroso: un hombre viejo en un sillón.

Chávez murió.

El teléfono suena.

Albert no se mueve. Deja que suene hasta que se calla.

Vuelve a sonar.

Esta vez contesta.

—Papá, ¿viste?

Es Jhonny desde Falcón.

—Sí.

—¿Qué piensas?

—Ya veremos —dice—. Ya veremos qué pasa.

Cuelga.

Se queda sentado en el sillón mirando la ventana. El Ávila verde, el mismo que ha mirado durante cuarenta años desde este apartamento.

Piensa en el 92 y en "por ahora". Elba preguntando si se iban del país después de las votaciones del 98.

Tiene ochenta y seis años. Ya no le importa saberlo.

Durante días Venezuela se paraliza.

Millones de personas en las calles llorando, izando las banderas. El féretro de Chávez recorriendo Caracas escoltado por militares.

Albert ve todo desde el sillón.

No sale del apartamento. María Carla viene todos los días a traerle comida, a asegurarse de que toma las pastillas, a preguntarle si necesita algo.

—¿Viste el funeral? —pregunta ella.

—Sí.

—¿Qué piensas que va a pasar ahora?

Albert no responde de inmediato. Mira por la ventana, Caracas está extrañamente silenciosa. Como si la ciudad estuviera conteniendo la respiración.

—Lo mismo —dice finalmente—. Siempre pasa lo mismo.

Nicolás Maduro asume la presidencia.

Las elecciones son en abril. Maduro gana por menos de dos puntos. La oposición denuncia fraude.

Albert ve las noticias.

Jóvenes en las calles con máscaras antigás. Policías con escudos repeliendo a los manifestantes con gases lacrimógenos.

El teléfono suena de nuevo.

Esta vez es Patricia.

—Papá, las protestas están fuertes. ¿Están bien por la casa?

—Estoy bien.

—¿Necesitáis algo?

—No.

—Mañana paso a verte.

—Está bien.

Cuelga.

Afuera se escucha gente golpeando ollas desde sus ventanas, el ruido metálico resuena por todo el edificio.

Albert se levanta despacio, con esfuerzo, apoyándose en la andadera. Sale al balcón.

Caracas arde abajo. No con llamas, con lucecitas de protesta que titilan en los edificios.

Paramaribo, piensa. La Habana y Bogotá, siempre igual, el Sur ardiendo.

Apoya las manos temblorosas en la baranda. Él también es parte de ese fuego, piensa. Una ascua que nunca terminó de apagarse.

El mirabolsismo

Caracas, 2015

Un martes, María Carla lleva a Albert al supermercado. Ella empuja el carrito, él se apoya en la andadera.

Buscan leche en polvo, harina de maíz, azúcar, aceite y salen con las manos vacías. No había leche ni harina, solo una botella de aceite después de hacer una hora de cola.

María Carla lleva a su padre de la mano hacia el carro. Van en silencio.

Entonces la nieta de Albert, que los acompaña, dice:

—Mamá, ¿viste la bolsa de esa señora?

—¿Cuál señora?

—La que salió hace rato. Le vi leche en polvo en la bolsa.

María Carla se detiene. Mira a su hija.

—¿Y?

—Podemos preguntarle dónde la compró.

Albert las escucha desde la silla sin decir nada.

—Ay, no, ¡qué pena! —dice María Carla.

—¡Qué pena ni que nada! Vamos a alcanzarla y le preguntamos en qué supermercado consiguió la leche. A lo mejor todavía hay.

María Carla duda.

—Es lo que hace todo el mundo, mamá. Se llama mirabolsismo.

—¿Mirabolsismo?

—Sí. Mirar las bolsas. Ver qué consiguieron. Preguntar dónde. Eso es normal. Todo el mundo lo hace.

Albert suelta una risa corta y seca, en forma de tos.

—Mirabolsismo —repite. ¿Qué inventas, muchacha?

—Es en serio, abuelo. Funciona. Miras qué traen en las bolsas. Si tienen algo que tú necesitas, les preguntas en cuál supermercado lo encontraron. La gente siempre ayuda. Te dicen.

—¿Y garantiza que vas a conseguir? —pregunta Albert.

—No. Pero a veces hay suerte. A veces llegas y todavía hay. Otras veces ya no queda nada.

María Carla mira a su hija. Luego mira a su padre. Suelta una carcajada que la priva.

—Estos son los tiempos del mirabolsismo —repite la nieta.

Albert no dice nada más, solo mira por la ventana del carro mientras regresan al apartamento.

Mirabolsismo, piensa.

Un martes, semanas después, Albert Enrique llega al apartamento con el periódico bajo el brazo.

Su padre está en el sillón, mirando la ventana. El Ávila verde, imponente, como siempre.

—Papá, mira esto.

Dobla el periódico en cuatro y se lo pasa. La primera plana. El titular en negrita, grueso, imposible de ignorar.

Albert sostiene el papel. Lee despacio, con esa concentración de auditor que nunca pierde, aunque el Parkinson le haga temblar la mano.

"Obama declara emergencia nacional: Venezuela es una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad de Estados Unidos."

Se queda con el periódico un momento largo.

—Amenaza —repite en voz baja.

No como pregunta. Como quien está masticando una palabra para ver qué sabor tiene.

Albert Enrique lo mira desde el sofá, esperando.

—¿Saben cuánto petróleo le compraron a Venezuela el año pasado? —dice al fin su padre.

—No, papá.

—Busca el dato. Búscalo.

Albert Enrique lo busca en el teléfono. Le dice el número.

Albert no responde. Hace el cálculo en silencio, como siempre. El mismo método que usó cuarenta años en los pozos del Zulia.

—Una amenaza —dice otra vez.

Dobla el periódico, lo deja en la mesita junto al vaso de agua y mira de nuevo por la ventana.

—La Creole hacía lo mismo —dice al rato—. Se llevaban el petróleo y nos dejaban los problemas. Ahora nos bloquean para que no se lo vendamos a nadie más.

Una pausa.

—No somos una amenaza. Somos un pozo y a los pozos no los declaran amenaza, los controlan.

Albert Enrique no sabe qué decir.

Su padre recoge la libreta telefónica marrón de la mesita y la aprieta con fuerza.

La lista negra

Caracas, 2016

La libreta telefónica marrón está siempre cerca. La pone en la mesita al lado del sillón, junto al vaso de agua y el control remoto. María Carla le dice "la lista negra."

Pero algo ha cambiado.

Ya no llama tanto. El Parkinson le hace difícil marcar los números: los dedos no siempre obedecen, las teclas del teléfono le resultan pequeñas, las conversaciones largas lo cansan. Así que ahora la libreta tiene otro uso.

Tacha.

Si alguien no le contestó tres veces seguidas, tachado. Si un amigo no lo llamó para su cumpleaños, tachado. Si alguien se fue del país sin dar señales de vida, tachado dos veces con rabia.

Y en los márgenes, a lápiz, una anotación escueta: "Se fue", "no contestó", "murió", a veces solo: "ya".

Cuando Elba murió en 2006, revisó la libreta entera. Tachó a los que no llamaron para darle el pésame. "Ya no existen para mí", les dijo a las páginas.

Ahora, en 2016, con el país vaciándose, la libreta se adelgaza más rápido que nunca. Hay páginas enteras donde la mitad de los nombres tienen una raya encima. Caracas se vacía, los hijos de sus amigos se van, hasta sus amigos se van.

Sus hijos lo encuentran a veces con la libreta abierta y el bolígrafo en la mano temblorosa.

—Papá, ¿qué hacéis?

—Limpiando.

—¿Limpiando qué?

—Gente que no vale la pena.

La salud de Albert empeora.

Un día ya no puede leer el periódico. Su hijo Albert Enrique se lo lee en voz alta sentado a su lado, saltándose las noticias que sabe que lo van a poner de mal humor y leyendo dos veces las de deportes.

Otro día ya no puede caminar hasta la panadería.

Los hijos se turnan para cuidarlo.

Y Venezuela entra en su peor crisis económica.

Albert Enrique investiga.

La pensión no alcanza. Los ahorros, lo poco que queda, se derrite cada semana. Busca opciones y llega a una pregunta: ¿pueden recuperar la nacionalidad holandesa?

Marca el número con la lentitud de quien sabe que está apostando. El teléfono suena tres veces antes de que una voz responda en español con acento peninsular:

—Embajada del Reino de los Países Bajos, buenos días.

Cuelga y vuelve a marcar. Esta vez pide que lo comuniquen con el departamento de asuntos consulares. Espera con música suave de fondo.

Desde el sillón marrón, Albert lo mira. Las manos le tiemblan ya por el Parkinson, pero los ojos siguen vivos.

—¿Sí? —dice al fin una voz nueva—. ¿En qué puedo ayudarle?

Albert Enrique explica. El apellido Van Bochove. Su papá nacido en Surinam en 1927 cuando era colonia holandesa. El abuelo Jacobus de Rotterdam y la nacionalidad perdida en 1975 cuando Surinam se independizó y él no hizo el trámite porque estaba en Venezuela, porque ya era venezolano.

La voz del otro lado escucha sin interrumpir. Cuando Albert Enrique termina hay un silencio corto, el ruido de un tecleo.

—Un momento, por favor. Voy a consultar.

Otra pausa con música de fondo. Albert, en el sillón, sigue mirando.

La voz vuelve.

—Lo siento. Su papá perdió la nacionalidad holandesa en 1975 al no optar por ella durante el período de opción establecido. La única vía para recuperarla sería demostrar residencia efectiva en el Reino o en alguno de sus territorios —Curazao, Aruba, Bonaire— por un período mínimo de un año y presentar la documentación correspondiente, por supuesto.

Albert Enrique aprieta el teléfono contra la oreja.

—Pero él tiene ochenta y nueve años. Está enfermo, no puede mudarse. Tiene derecho a su nacionalidad de nacimiento.

—Lo siento —repite la voz—. Son los requisitos. No podemos hacer excepciones.

Cuelga.

El silencio en la sala es denso, pegajoso como el calor de Cabimas. Afuera, Caracas ruge su caos cotidiano. Adentro, solo el zumbido del ventilador y las manos de Albert temblando sobre la manta.

—¿Y? —pregunta Albert. La voz le sale más frágil de lo que esperaba.

Albert Enrique se sienta frente a él. Niega con la cabeza.

—No se puede. Hay que vivir un año en Holanda o en Curazao. Y no tenemos la plata, ni la salud, ni...

No termina la frase. No hace falta.

Albert asiente con un movimiento lento y mira por la ventana. El Ávila está verde, igual que siempre.

—¿Sabéis qué es lo que me duele? —dice al rato.

Su hijo lo mira.

—Mi abuelo Jacobus llegó a Surinam desde Rotterdam en un barco. Yo llegué a Venezuela en un avión. Los dos cruzamos el agua para empezar de nuevo. Los dos nos quedamos. Los dos morimos sin volver.

Hace una pausa. Las manos le tiemblan, pero la voz se mantiene firme.

—Pero a él nadie le preguntó por los papeles. Y a mí tampoco cuando llegué. Solo me cambiaron el nombre en el aeropuerto y listo. Alberto Van Bochóve. Bienvenido a Maracaibo.

Albert Enrique no sabe qué decir.

Afuera, una guacamaya cruza el cielo, verde y amarilla, ajena a todo.

Albert abre la libreta telefónica marrón que está en la mesita. Busca el número de la embajada de Países Bajos y con bolígrafo negro traza una línea larga y definitiva sobre él.

—Ya. Eliminado —dice en voz baja sin mirarlo.

¡Godverdomme!

Caracas, 2017

La hiperinflación llega de golpe.

Un día los números funcionaban y al día siguiente ya no.

Un martes en la mañana, Albert Enrique llega al apartamento con una bolsa de mercado.

Pone las cosas sobre la mesa de la cocina.

Albert está en el sillón. No ha encendido la televisión. Tiene la libreta marrón en el regazo, el bolígrafo en la mano, pero no está tachando nada, solo la sostiene.

—Papá, traje el mercado.

Albert no responde. Mira la bolsa.

—¿Cuánto costó?

Albert Enrique dice el número.

Silencio.

Albert hace el cálculo que lleva haciendo toda la vida. Sabe que la pensión completa no llega a cubrir esa bolsa de mercado.

—¡*Godverdomme!* —dice en voz baja.

Albert Enrique guarda el recibo en el bolsillo. Va a la cocina y monta el café en la greca.

—¡*Godverdomme!*

Desde la sala, la voz del padre más baja ahora: *Godverdomme.*

Los hermanos de Albert en el extranjero empiezan a enviar remesas.

Dólares que llegan cada mes. Albert Enrique va a buscarlos, hace la cola, presenta el documento de su padre, recibe el efectivo, lo cambia en el mercado paralelo.

Es la única forma de que la comida alcance.

Albert nunca se entera, los hijos deciden no decirle. Con ver la pensión que no alcanza, ya tiene bastante.

Pero una tarde, Patricia llega con una bolsa de medicinas.

Las gotas para los ojos, las pastillas para el Parkinson y los antiácidos.

Albert la mira.

—¿Cuánto costó?

—No importa, papá.

—¿Cuánto?

Patricia duda. Luego dice el número.

Albert hace el cálculo en silencio.

Es más de lo que ella gana en un mes.

—No —dice—. No podéis hacer eso.

—Ya está hecho.

—Patricia...

—Papá, no discutáis. Necesitáis las medicinas.

Albert no dice nada más.

El Parkinson avanza, ya no solo tiemblan las manos, ahora tiembla todo el cuerpo. La voz se vuelve cada vez más débil, a veces habla y nadie entiende lo que dice.

Solo María Carla y Albert Enrique pueden traducir. Han aprendido a leer los sonidos, los gestos, las expresiones.

Un día intenta decir "agua" y le sale solo un murmullo.

Se frustra. Golpea el brazo del sillón con la mano temblorosa y grita algo incomprensible.

María Carla se acerca, le trae el vaso de agua y lo ayuda a beber.

—Ya, papá. Ya.

Esa noche le dice a María Carla, con mucho esfuerzo, palabra por palabra:

—Ya... no... quiero... estar.

Ella entiende perfectamente.

—Lo sé, papá.

—Ya... cumplí.

—Lo sé.

Se quedan en silencio. El zumbido del ventilador, el ruido de Caracas afuera.

—Pero todavía estás aquí —dice María Carla finalmente—. Y mientras estés, te vamos a cuidar.

El hospital sin salida

Caracas, 2020

Los últimos años son los más duros.

El Parkinson roba su voz. Ya casi no habla, balbucea palabras que solo María Carla y Albert Enrique pueden traducir.

Ya no puede caminar, ni comer solo, ni bañarse.

Pero sus ojos entienden todo lo que sucede a su alrededor.

Es domingo, 19 de abril de 2020, cuatro de la tarde.

Albert está en el apartamento de Los Chaguaramos, en su sillón marrón. El mismo sillón donde se sentó miles de veces durante cincuenta años.

Respira mal, cada inhalación suena como si pasara por un tubo estrecho. Le duele el pecho, tiene fiebre desde hace dos días.

José Gregorio, su hijo menor, está sentado en el sofá frente a él. Lo mira con esa mezcla de preocupación y miedo que Albert reconoce. Es la misma cara que tenía de niño cuando se enfermaba del asma y no podía respirar.

—Papá, tenemos que llevarte al hospital.

Albert niega con la cabeza. Lento. El Parkinson hace que hasta ese movimiento le cueste trabajo.

José Gregorio se inclina hacia adelante. Pone las manos sobre las rodillas de su padre.

—Estáis muy mal. Necesitáis antibióticos.

Albert intenta hablar. La boca se mueve, salen sonidos. Pero no palabras, solo un balbuceo que José Gregorio, después de años de práctica, ya sabe traducir.

—No.

José Gregorio se frota la cara con las manos, está cansado. Lleva dos noches sin dormir cuidando a su padre.

—Papá, por favor.

Albert lo mira con ojos que todavía deciden. Y en esos ojos José Gregorio lee lo que la boca de su padre ya no puede decir: Si me lleváis, no salgo.

José Gregorio baja la mirada. Sabe que es verdad.

Albert cierra los ojos. Le duele respirar.

Piensa en Elba, ella murió en esta casa. Él quiere lo mismo.

Pero a las ocho de la noche algo cambia. La fiebre sube, la respiración se vuelve peor. Albert ya no puede ni balbucear, solo jadea, los labios se le ponen azules.

—Hay que llevarlo —dice María Carla—. No es pregunta, es decisión.

Levantan a Albert, pesa casi nada.

Albert abre los ojos, mira el apartamento donde vivió cincuenta años. Las paredes que conoce, el sillón marrón, la maleta de cuero negro que sigue en el clóset.

Llegan al Hospital Universitario de Caracas.

El edificio está en remodelación. Hay áreas cerradas, funciona a media máquina. Las habitaciones están ocupadas, solo queda espacio en el área de emergencia.

Emergencias es un pasillo largo con luces fluorescentes que parpadean. Olor a desinfectante barato mezclado con algo peor. Otras camillas y gente esperando, todos con mascarillas.

Una enfermera revisa a Albert. Le toma la temperatura, la presión. Escucha sus pulmones con un estetoscopio.

—Neumonía —dice. Hay que internarlo.

Los hijos asienten.

—¿Podemos acompañarlo? —pregunta José Gregorio.

La enfermera niega con la cabeza.

—En emergencia no se permiten acompañantes.

—Pero él tiene noventa y dos años. Tiene Parkinson. No puede hablar. No puede estar solo.

—Lo siento. Son las normas.

Se llevan a Albert en una silla de ruedas por el pasillo. María Carla intenta seguirlo pero una enfermera la detiene.

—No pueden pasar.

María Carla se queda ahí parada viendo cómo su padre desaparece detrás de una puerta.

Afuera, se sientan en unas bancas de concreto.

No pueden hacer nada más que esperar.

Los médicos salen cada dos horas a dar un reporte breve. "Está estable". "Respondiendo al tratamiento". "Necesita oxígeno".

Pasa la noche y las horas. El domingo se vuelve lunes.

A las diez de la mañana del lunes, un médico sale.

—Ya podemos trasladarlo a una habitación. Pueden pasar a verlo. Uno a la vez.

María Carla entra primero.

Albert está en una cama con barandas metálicas, Tiene una vía en el brazo, una máscara de oxígeno, los ojos cerrados.

Ella se acerca. Le toca la mano.

—Papá.

Albert abre los ojos. La mira, no puede hablar por la máscara, pero los ojos dicen todo.

Estoy cansado.

María Carla asiente. Le aprieta la mano.

—Lo sé.

Se queda con él veinte minutos, luego sale y entra Albert Enrique.

Se turnan así toda la mañana. Cada hijo entra, se sienta a su lado, le habla aunque él no puede responder.

Sus nietos y sus hijos que no viven en Caracas le mandan mensajes de audio para despedirse.

A las ocho de la noche, José Gregorio sale a fumar y a estirar las piernas.

Enciende el cigarrillo, inhala. El humo le quema la garganta.

Mira el cielo, Caracas de noche. La brisa fresca que viene del Ávila. Una ráfaga agita los árboles de la Universidad Central de Venezuela. *Cri cri* cantan las ranas escondidas entre las hojas de las plantas.

Albert adora el sonido. Decía que cuando llegaba a Caracas después de un viaje, las ranitas lo hacían sentir de nuevo en casa.

El cigarrillo se acaba. Tira la colilla.

En ese momento, Albert da el último aliento. Solo, en la cama del hospital.

José Gregorio regresa para hacerle compañía. Pero ya se fue.

Le cierra los ojos y llama al apartamento de Los Chaguaramos para avisar:

—Papá acaba de morir.

María Carla se sienta de golpe en la silla, junto al teléfono, como si le hubieran quitado las piernas. Albert Enrique la sostiene.

—¿Cuándo? —pregunta. La voz le sale rara, como si fuera de otra persona.

—Hace diez minutos. Fue rápido. No sufrió.

Albert Van Bochove Hostman llegó a Venezuela en 1944 con una maleta de cinco kilos y un nombre que le

cambiaron en el aeropuerto. Trabajó cuarenta años en la industria petrolera. Vio el Lago de Maracaibo cuando era cristalino y lo vio morir. Construyó una familia. Echó raíces tan profundas que cuando intentó regresar a Holanda ya era demasiado venezolano.

Murió en 2020 a los noventa y dos años, en un hospital público con una pensión que no valía nada, esperando una muerte que finalmente llegó.

Parte III: Mis recuerdos

Bochinche y el chapuzón

Caracas, 1997

Ese día en el liceo, en la primera clase de geografía del año, el profesor pasa lista con esa parsimonia de quien sabe que tiene todo el poder del salón.

—Van Bochove —llama, mirando el papel como si fuera un error.

Levanto la mano.

Él frunce el ceño; repite el apellido despacio, en voz alta, masticándolo.

—Van... Bochove.

Lo mira de nuevo. Sonríe.

—¡Verga, esta parece que va pa'l bonche! Puro Bochinche.

La clase se ríe, yo también. Porque es gracioso, de verdad lo es, y porque es más fácil reírse que explicar.

—Desde hoy te llamas Bochinche —anuncia.

Mi hermano estudia en el mismo liceo; desde ese día somos los hermanos Bochinche. Cada vez que el profesor nos ve juntos en el pasillo, lo dice con esa satisfacción de quien cree que ha hecho una broma original.

Ese apellido. Siempre ese apellido.

Esa tarde llego al apartamento de mi abuelo en Los Chaguaramos. El sillón marrón sigue en el mismo lugar. La casa huele a café y cigarrillo, ese olor que la abuela Elba dejaba impregnado en los muebles cada vez que fumaba.

—¿Qué te pasa, Curly? —me pregunta apenas me ve. Así me dice siempre, por mi cabello rulo.

Le cuento lo del profesor, imito el tono. El "Bochinche" que esa armó en esa clase.

Mi abuelo se ríe; una risa genuina.

—Eso mismo me pasó a mí en el aeropuerto —dice. Solo que allá me rebautizaron completo. Alberto Van Bochóve.

Pronuncia el apellido con acento agudo en la penúltima sílaba, imitando al oficial de migración de 1944.

—Cincuenta años después y el apellido todavía les resulta raro.

—Abuelo, ¿cómo se pronuncia en holandés?

Agarra aire.

—Los venezolanos dicen "Van Bochof", seco, tropezándose —suelta una risa breve—. Pero escucha bien. La "V" no es una "B". Tienes que morderte un poquito el labio inferior, dejar que salga aire. Es una "F" que quiere ser viento. Fan…

—Fan —repetí, tratando de imitar ese suspiro.

—Eso. Ahora viene lo difícil. La "CH". No es la "ch" venezolana, no es un golpe fuerte. Es un raspado, aquí atrás, en la garganta, como si estuvieras aclarando la voz para empezar un discurso. Bój.

—Bój.

—Casi —me corrige con la paciencia del auditor que no acepta un balance cuadrado a la fuerza—. Fan Bój-jo-ve. La "h" es un aliento, y la "e" del final no es una "e" de "elefante". Es un sonido que se apaga, una "e" que se queda a mitad de camino, casi una "a" que no se atreve a salir.

Lo intentamos tres veces más. A la cuarta, Albert asiente.

Entonces le pregunto:

—¿De dónde viene ese apellido?

Se acomoda en el sillón. Cruza las piernas, entrelaza los dedos sobre el estómago. Esa postura que conozco: viene un cuento largo.

—Van Bochove es un apellido de Rotterdam —dice—. Van significa "de" o "desde"; como si dijeras "el de Bochove": un lugar, un origen. Tu bisabuelo se llamaba Jacobus Carolus Van Bochove. Nació en Rotterdam en 1866.

Saco cuentas. En 1944, cuando llegó Albert, el bisabuelo Jacobus tenía setenta y ocho años. Todavía vivo.

—¿Y qué hacía en Surinam?

—Era oficial de la corona holandesa. Cruzó el Atlántico en barco para servir al reino de los Países Bajos en una colonia que no había visto nunca.

Me lo imagino: un hombre en uniforme militar holandés, parado en la cubierta de un barco en algún punto del Atlántico, viendo cómo Europa desaparece detrás y América todavía no aparece.

—¿Y se quedó en Surinam?

—Se quedó; se casó allá con mi abuela Susanna Van Zorgen. Ella era mestiza, nacida en Paramaribo. Y ahí empezó la mezcla.

Hace una pausa. Como si estuviera viendo algo que yo no puedo ver.

—Tu bisabuelo Jacobus murió en Paramaribo en 1954. A los ochenta y ocho años. Nunca volvió a Holanda.

Lo deja ahí. No lo elabora.

—¿Y tu papá?

—Mi papá se llamaba Hugo Ludwig. Era el cuarto de once hijos. También militar. También nació en Paramaribo. Se casó con tu bisabuela Margaretha Hostman, que era mestiza como su madre.

—O sea que tú eres...

—Aunque era nieto de un militar holandés, un *macamba*, yo era mestizo. Y en Surinam eso tenía un orden muy claro.

Hubo un silencio. Afuera, las guacamayas sobrevuelan el sector.

—¿Y eso era un problema?

Me mira con esos ojos que han visto demasiado.

—En Surinam había castas: los holandeses blancos arriba; los surinameses de varias generaciones de mezcla en el medio; los negros, los indios y los javaneses abajo. Cada quien en su lugar. Pero yo no era lo suficientemente blanco para los holandeses. Tampoco era lo suficientemente negro para pertenecer al otro lado.

Pausa.

—Por eso me vine.

Busca en el closet. Saca la caja negra de metal que conozco desde que tengo memoria. La abre con esa lentitud de quien sabe lo que hay adentro y lo aprecia.

Fotos: la mayoría en blanco y negro, algunas en sepia.

—Mira —dice, y me pasa una foto donde aparece un hombre joven de uniforme militar, rígido, con bigote, en un estudio fotográfico—. Ese es mi abuelo Jacobus.

El bisabuelo. El origen del apellido. Un hombre que en esta foto tiene quizás cuarenta años, que todavía no sabe que morirá en Paramaribo sin ver Rotterdam otra vez.

—Te pareces a él —le digo.

Mi abuelo se ríe.

—Todos los Van Bochove nos parecemos. Eso dice el primo Max.

—¿Quién es el primo Max?

En 1990, llegó a Caracas un primo lejano de Holanda. Se llamaba Max William. Llevaba años reconstruyendo el árbol genealógico completo de la familia Van Bochove. Había rastreado a cada descendiente de Jacobus disperso

por el mundo: los que se quedaron en Rotterdam, los que siguieron en Paramaribo, los que emigraron a Aruba y Curazao, los que terminaron en Canadá, en Australia, en Venezuela.

—Vino a conocernos —dice mi abuelo—. Trajo un libro. Gordo así —muestra el grosor con las manos—. Con nombres y fechas, fotos, árboles. Todos los Van Bochove del mundo en ese libro.

—¿Y nosotros estamos?

—Tú estás.

Me quedo quieta.

—¿Yo estoy en un libro de familia de Holanda?

—Sí. Eres descendiente directa de Jacobus Carolus Van Bochove de Rotterdam. Estás en el libro.

Proceso eso: una niña venezolana con cabello rulo que vive en Caracas aparece en un registro genealógico en algún lugar de los Países Bajos.

—¿Y somos muchos?

—No demasiados. El apellido Van Bochove es muy escaso en el mundo. El primo Max decía que, si alguien en cualquier país del mundo tiene ese apellido, es familia, aunque sea lejana. No hay Van Bochove sin parentesco.

Guardo eso.

—Abuelo, ¿tú te sentías holandés o venezolano?

Albert toma su café. Lo que queda en el fondo, ya frío.

—Holandés —dice sin dudar—. Siempre dije que era de origen holandés.

—Pero naciste en Surinam.

—Sí, pero Surinam era una colonia; mi familia era holandesa, mi abuelo vino de Rotterdam.

—¿Y cuando Venezuela te dio la nacionalidad?

—Me naturalicé venezolano. En los años cincuenta no existía la doble nacionalidad aquí; era una cosa o la otra. Y

yo llevaba diez años en Cabimas. Tenía trabajo, a tu abuela, a los hijos. ¿Para qué iba a quedarme siendo extranjero en mi propio país?

Hace una pausa.

—Además, Venezuela me recibió. Me dio todo lo que Surinam no me pudo dar. Era lo menos que podía hacer.

—Pero cuando Surinam se independizó en 1975, los nacidos allá durante la colonia podían elegir entre las dos nacionalidades. ¿Por qué tú no elegiste?

—Yo no estaba ahí para elegir —lo dice sin amargura; solo como dato—. Estaba aquí. Ya era venezolano. No hice el trámite. Y perdí la nacionalidad holandesa por no reclamarla a tiempo.

—¿Eso te dolió?

Mi abuelo me mira. Una mirada larga, de las que no necesitan respuesta.

—No me duele. Venezuela es mi hogar, es mi país —dice al final.

Es entonces cuando saca las fotos del Lago.

Un grupo de personas en trajes de baño antiguos —esos que cubren casi todo el cuerpo—, parados en la orilla de lo que parece una playa. Detrás de ellos, el agua que se ve clara incluso en la foto descolorida.

—Ese soy yo —dice señalando a un hombre joven, flaco como fideo, sonriente—. Y esa es tu abuela Elba.

La reconozco: cabello negro, lacio. Sonrisa de quien acaba de ganar la lotería.

—Y ahí están Enry, Francisca, Marcos Chacón, Vicente. Todos sonrientes.

—El agua era verde jade —dice en su español con esa 'r' suave que nunca se volvió venezolana del todo—. Tan clara que podías ver tus pies en el fondo. Como una piscina gigante.

He escuchado esta historia antes. Pero ahora la escucho diferente. Es entonces cuando le cuento mi secreto sobre Isla Dorada. Que soñaba bañarme en el Lago, especialmente en las tardes calurosas cuando regresaba del colegio con el uniforme empapado en sudor. Que lo encontraba hermoso a pesar de todo.

—Una tarde, mi hermano y yo nos rebelamos —le confieso—. Nos metimos en la playa privada del conjunto residencial.

Mi abuelo me mira con esos ojos marrones que siempre son curiosos y pícaros.

—El agua tenía un color marrón verdoso. Con manchas que brillaban con el sol. No exactamente aceitosa pero tampoco limpia.

—Cuando mi mamá nos descubrió, gritó como nunca había gritado. "¡Salgan de ahí ya!" Nos arrastró a la ducha agarrados por las orejas y nos frotó con jabón antiséptico que olía a hospital.

Mi abuelo sonríe; una sonrisa triste.

—Mientras me restregaba la piel, pensaba en tus fotos. En el Lago limpio. Y no entendía cómo el mismo Lago podía ser dos cosas tan diferentes.

—¿Supongo que ya no se puede nadar ahí, abuelo?

Él niega con la cabeza; lento, pesado.

—Ya no, Curly. Ya no es como antes.

Me cuenta entonces lo que nunca me había contado.

—Yo veía los derrames pequeños —dice—. Tuberías viejas que goteaban crudo, tanques oxidados, mechurrios que quemaban gas tóxico. Yo tomaba notas y hacía los reportes. Pero se archivaban. La producción continuaba.

—¿Por qué no dijiste nada, abuelo? ¿Por qué no paraste la contaminación?

Me mira con esos ojos cansados.

—¿Cómo iba a parar yo solo lo que toda una industria hacía? Yo era un empleado. Necesitaba el trabajo. Tenía responsabilidades: cinco hijos que alimentar, tu abuela, la casa. Si cuestionaba demasiado, me despedían. Y entonces ¿qué?

No sé qué decir.

Le cuento también sobre el manatí y cómo lo veía desde mi ventana nadando entre las manchas. Sobre cómo desapareció después de la explosión y sobre los miles de peces muertos con estómagos llenos de crudo.

—Yo quería salvarlo —le digo—. Pero no sabía cómo.

Mi abuelo asiente.

—Nadie sabía cómo salvarlo. Ni siquiera los que tomaban las decisiones. O sí sabían y no les importaba, que es peor.

Nos quedamos un rato en silencio. Mi abuelo tiene los ojos fijos en las fotos, pero ya no las está viendo. Está en otro lugar.

Le pongo la mano en el brazo. Él me mira. Sonríe como si acabara de volver de un viaje largo.

Ahí lo entendí.

Cabimas la Cenicienta

Cabimas, 2007

Regreso a Cabimas en 2007. Una amiga cabimera de la universidad me invita a las fiestas de San Benito, el patrón de Cabimas. La última vez que estuve fue en 1998 con mi mamá y mis tíos.

Acepto con una mezcla de emoción e incertidumbre.

La planificación del viaje fue tan rápida que no me dio tiempo de contarle a mi abuelo. Pero llevo sus historias en la cabeza, que es como llevarlo a él.

Mi amiga sabe que mi familia materna es mitad cabimera, pero que desde hace muchos años no visito la ciudad. En el camino le cuento que quiero ver los lugares que conocí de niña con mi abuelo: La Rosa Vieja, Campo Hollywood, el malecón donde hacía sancocho, el monumento al Barroso II.

Ella me dedica una mirada de compasión vacía, como si quisiera decirme algo, pero no se atreve a desilusionarme.

Llegamos a Cabimas de noche, muy cansadas después de un largo viaje por carretera que yo manejé completamente. Nos quedamos en su casa, muy cerca del centro de la ciudad.

Le pido para tomar una ducha. Me reencuentro con el pasado de una manera brusca. En su baño hay dos tobos con agua fría y una jarra de plástico que sustituye la lluvia de la regadera.

Me baño con una tormenta de pensamientos mientras me echo esa agua bendita. Al salir, le cuento que cuando

era niña y visitaba la casa de los padres de mi abuela Elba en Gasplant, me bañaba igual. Eso fue en 1989. Y que mi abuelo decía que en 1944 pasaba lo mismo en los barrios populares, fuera de los campos petroleros.

Ahora estamos en 2007.

—Amiga —le digo—, ¿cuándo llega el agua a las tuberías?

Ella me mira con esa expresión de quien vive con algo y ya olvidó que debería ser de otra manera.

—Nací en 1982. Toda mi vida ha sido así. El agua viene unas horas a la semana. Los que tienen plata tienen tanque. Los que no tienen plata tienen tobos. Hay mucha gente con tobos.

Me quedo callada.

A la mañana siguiente, manejamos por las calles de Cabimas.

Mi amiga me guía por zonas deterioradas. Cabimas aparece como ciudad fantasma bajo el sol implacable del mediodía: calles llenas de huecos que parecen cráteres. Semáforos que no funcionan. Edificios con ventanas rotas. Basura acumulada que nadie recoge.

Le digo que me lleve al Campo Hollywood.

Ella me advierte que eso ya no es como antes. Pero de todas formas vamos.

Una garita de vigilancia abandonada custodia la entrada. El panorama es impactante. Las casas que mi abuelo me describió —modestas pero dignas, con jardines cuidados— están en mal estado. Techos colapsados. Paredes desmoronándose. Jardines convertidos en jungla de maleza densa que trepa por las rejas como si quisiera devorar lo que queda.

Calles vacías. Solo mi amiga, el silencio y yo, interrumpido por el sonido del viento que sopla desde el Lago.

Es como caminar por cualquier ciudad que la historia abandonó.

Saco fotos, pero me siento rara haciéndolo. Como si estuviera fotografiando cadáveres.

Encuentro la casa donde vivieron mis abuelos. La reconozco por las fotos que siempre llevo en la memoria. Las paredes están desconchadas, tienen manchas de humedad que forman mapas de países que no existen, parece que ya no vive nadie ahí.

Imagino a mi abuelo joven recién casado con mi abuela Elba. Mi mamá niña y mis tíos corriendo por esta casa en los domingos de comidas ricas y cuentos familiares.

Ahora solo hay silencio. Y el olor a abandono que huele a muerte lenta.

—Sigamos —le digo a mi amiga.

Buena Vista queda a pocos minutos. Manejo despacio por la entrada de la urbanización. Miro por la ventana del carro.

Mi abuelo me habló de este lugar con una mezcla de orgullo y ternura que yo no entendía del todo. La quinta de los sueños de Elba. El símbolo de que habían llegado adonde querían llegar. Las casas de madera y concreto con jardines perfectos, el olor a flores cortadas, el aspersor regando el césped, los vecinos saludándose por el nombre.

Las calles de Buena Vista todavía están pavimentadas, pero con grietas profundas donde crece la maleza. Los jardines que mi abuelo describía como perfectos son ahora como terrenos baldíos, convertidos en depósito de peroles y cauchos viejos.

Bajamos del carro.

El olor a gas llega antes que cualquier otra cosa. No fuerte, pero constante, como un recordatorio.

Me paro frente a una de las casas, no sé si es la que vivieron mis abuelos. No importa, pudo haber sido esta, o la de al lado, o la del frente. Todas cuentan la misma historia.

La pintura se cae en lascas. Una ventana tiene los vidrios rotos y alguien tapó el hueco con un pedazo de cartón. El jardín que Elba habría sembrado está cubierto de maleza que llegó hasta la puerta.

Un niño de unos diez años nos mira desde la acera de enfrente. Está descalzo y tiene en la mano una botella de refresco vacía que usa como bate imaginario, golpeando el aire.

—¿Ustedes qué buscan? —pregunta.

—Nada —dice mi amiga—. Visitando.

El niño nos mira un momento más, como si intentara resolver el problema. Luego sigue golpeando el aire con su botella: *Pum. Pum. Pum.*

Después vamos a La Rosa Vieja.

Ya no hay casas de madera pintadas de blanco. Esas las demolieron hace décadas. Ahora hay construcciones desordenadas de bloque y cemento, ranchos improvisados en calles de tierra rojiza mezclada con basura.

El olor del Lago me golpea apenas llegamos. Huele a huevo podrido, a químicos, a muerte. Es un olor que se mete en la garganta y no sale, que se pega a la ropa y te hace querer vomitar.

Caminamos hacia la orilla.

El malecón donde mi abuelo hacía sancocho los domingos está cubierto de basura. Botellas plásticas, bolsas enredadas en las raíces de las palmeras, cauchos viejos, electrodomésticos rotos y espuma blanca que se acumula en la orilla como nieve sucia y tóxica.

El agua es verde oscuro con venas fluorescentes y negras. Tiene lemna, una planta acuática que cubre toda la superficie. El Lago entero parece un pantano bajo el sol.

No hay nadie bañándose.

Un anciano está sentado en una piedra remendando una vieja red de pesca. Nos mira con la curiosidad de quien ve extraños en un lugar que los extraños evitan.

Me acerco.

—Buenas tardes.

—Buenas, mija.

—Mi abuelo se bañaba aquí. En los años cuarenta, cincuenta. Dice que el agua era cristalina.

El anciano asiente sin sorpresa.

—Sí, mija. Antes era hermoso. De niño me bañaba también. El agua era transparente. Verdecita clara. Podías ver los peces.

Señala el agua negra con lemna verde.

—Pero eso fue hace mucho tiempo. Acabaron con todo.

—¿Quién?

Él hace un gesto amplio con la mano. Un gesto que abarca todo: la ciudad, el país, la historia.

—Todos. La Creole. Lagoven. Pdvsa. El gobierno. Los gringos. Los venezolanos. Todos sacaron y sacaron y nunca devolvieron nada, Cabimas es la cenicienta, como dice la gaita de Barrio Obrero.

Canta unas líneas con voz quebrada:

"Cabimas, la cenicienta,
la que más dinero da,
pero la que menos tiene
porque no le dan de na'.
Sus calles están de luto
aunque son de negro asfalto,
y el pueblo pega su grito
porque ya el dolor es harto..."

Me quedo callada.

El anciano sigue remendando su red.

—¿Todavía pesca aquí?

—¿Qué más voy a hacer? Es lo único que sé. Pero los peces ya no son como antes. Salen chiquitos y flacos. A veces con tumores. A veces con las escamas negras de petróleo.

Señala un balde con tres peces pequeños, flacos, que efectivamente tienen manchas negras.

—Pero hay que comer. Y la gente compra porque tampoco tienen otra opción.

—¿Se han vuelto a ver manatíes?

—No, mija. Desde hace años no se ve ninguno.

Le tomo fotos al Lago. Al agua negra con lemna verde. A la espuma blanca. A la basura en la orilla. Pienso en las fotos de mi abuelo de los años 50.

Mismo lugar, sesenta años después.

Vamos al Barroso II.

Mi amiga me confiesa que ni siquiera lo conoce bien, aunque ha oído toda su vida que queda por ese lado.

Llegamos a una plaza que muestra todos los signos del abandono. Un letrero descolorido: Barroso II-14 de diciembre de 1922. La maleza crece entre las grietas del concreto. El monumento pasa desapercibido entre viviendas humildes y talleres mecánicos.

Estoy sacando fotos cuando llega un muchacho. Tendrá dieciséis, diecisiete años. Camisa sin mangas, sandalias, cara de quien no tiene nada urgente que hacer esta mañana.

Se para a mi lado y mira el monumento.

—¿Eso qué es? —pregunta.

Lo miro. No está preguntando para molestar, realmente no sabe.

—El primer gran pozo petrolero de Venezuela —le digo—. Explotó en 1922. Dicen que el chorro duró nueve días lanzando crudo al cielo, hasta se veía desde Maracaibo.

Él mira de nuevo el letrero oxidado.

—¿Y eso es importante?

—Sí. De aquí vino la plata que construyó Venezuela.

El muchacho lo procesa y mira alrededor.

—¿Y los cobres dónde están?

No sé qué decirle.

Él encoge los hombros, como quien acepta que algunas preguntas no tienen respuesta. Saca el teléfono y se toma una foto con el monumento detrás, sin mucha ceremonia, igual que se tomaría una foto con cualquier cosa. Se va caminando calle abajo con las manos en los bolsillos.

Lo sigo con la mirada hasta que dobla en una esquina.

Me quedo sola frente al Barroso II.

Esa noche vamos a la procesión de San Benito de Palermo.

Salgo a la calle Independencia y la multitud me absorbe. El aire pesa, denso, caliente, con ese olor a salitre que ya no es del mar limpio, ahora es mineral, aceitoso, el aliento enfermo del Lago mezclado con pólvora, ron y sudor humano.

Los chimbangles golpean con una fuerza que sube por las plantas de los pies y llega al pecho antes de que el oído la registre.

El mismo ritmo de los balancines petroleros que nunca duermen a pocos kilómetros de aquí. El mismo que escuchó mi abuelo en su primera noche en Cabimas, parado en el patio trasero de la casa de Enry.

San Benito avanza en hombros. Negro como el crudo, como la noche, como el Lago. Lo cargan hombres que sudan, que gritan, que le echan ron a los pies como ofrenda o como

desafío, no estoy segura de cuál es cuál. Alguien le pone un cigarrillo encendido en la mano de madera. Otro le cuelga collares. Una mujer llora abrazada a la peana, la boca moviéndose en una oración que el ruido se lleva.

Me quedo quieta en medio de la corriente humana.

Pienso en mi abuelo que no era de aquí pero que hizo de aquí su tierra.

¿Qué habría dicho al ver esto? ¿El santo negro en hombros, el pueblo que sigue bailando sobre las ruinas de lo que alguna vez prometieron que sería su prosperidad?

Los tambores se aceleran. La procesión dobla en una esquina y por un momento San Benito desaparece entre la multitud y solo quedan los chimbangles, la gente y el olor a Lago enfermo, ron y pólvora.

Por un instante soy solo alguien en Cabimas, en una noche de diciembre, escuchando un ritmo que tiene más años que el petróleo.

El sueño negro

La maleta de cuero negro sigue en el closet del apartamento.

La encontramos semanas después de que mi abuelo murió, en abril de 2020, cuando vaciamos sus cosas con la lentitud de quien sabe que cada objeto es también una despedida. Estaba en el fondo, detrás de los abrigos que ya nadie usaba y de las cajas de zapatos llenas de papeles que nadie había abierto desde los años ochenta.

La saqué y la puse sobre la cama.

Cinco kilos, me había dicho siempre. Eso es todo lo que traje.

No supe si abrirla o no. Al final no lo hice. Algunas cosas es mejor dejarlas cerradas, con todo lo que llevan adentro: la fotografía de su madre, la carta de Enry, los zapatos envueltos en papel periódico. Un mundo que se fue y que cabe en una maleta porque así de pequeño era el mundo cuando uno tiene diecisiete años y todavía no sabe que va a quedarse.

La dejé sobre la cama y me senté a su lado, igual que él se sentó aquella primera noche en Cabimas, escuchando el *pum-pum* de los balancines y preguntándose qué vendría.

Jacobus Carolus Van Bochove salió de Rotterdam en un barco y murió en Paramaribo a los ochenta y ocho años.

Albert Van Bochove salió de Paramaribo en un avión y murió en Caracas a los noventa y dos años sin volver a ver el Lago como era.

Los dos hicieron el mismo viaje sin retorno, cruzaron el agua hacia lo desconocido, plantaron el apellido en tierra nueva, se casaron, tuvieron hijos, echaron raíces tan profundas que el suelo original quedó como una historia que se cuenta, pero ya no se habita.

No puedo saber si se arrepintieron. Pero sí sé algo: ninguno de los dos esperó a que el mundo les diera permiso.

Hay una foto que guardo.

Mis abuelos y sus amigos felices en la orilla de un Lago que existe solo en esa foto, pero ya no existe en la actualidad.

Escribo esto en febrero de 2026.

Seis años después de la muerte de mi abuelo. Ochenta y dos años después de que llegó a Venezuela con una maleta de cinco kilos y un nombre que le cambiaron antes de pisar la calle.

Las urnas con sus cenizas están en el estante del apartamento de Los Chaguaramos, que ahora es de mi mamá y mis tíos. La libreta telefónica marrón está en la mesita junto al sillón, con todos sus tachones de bolígrafo. Las fotos amarillentas están en los álbumes. Y la maleta de cuero negro está en el closet, cerrada, con todo lo que lleva adentro.

Todavía no hemos esparcido las cenizas en el Lago.

Queremos hacerlo bien y esparcirlas en el agua que se merece, en el agua verde jade. En el agua que puede volver a ser.

Esa promesa me la hago a mí misma cada vez que recuerdo su historia y veo la foto. Cada vez que escucho el *pum-pum* de algo que late y no se rinde.

El apellido Van Bochove llegó a Venezuela en 1944 en el cuerpo de un muchacho de diecisiete años que no hablaba español y que una tarde cruzó el Lago en el ferry Coquivacoa mirando el agua verde jade y pensando que eso, quizás, era el futuro.

Tenía razón.

Solo que el futuro era más largo, más complicado y más hermoso de lo que cualquiera puede ver desde la cubierta de un ferry.

Todavía lo es.

Margarita, febrero de 2026

Índice

El manatí 11

Parte I: Alberto-o (Bienvenido a Maracaibo) 13

Grano de Oro y el Coquivacoa 15
El primer trabajo y los domingos en el Lago 21
La noche cabimera 26
Las gringas y el Imperio 28
El hombre de los números 32
Dushi 35
El carro no se presta 43
Una gota cada 10 segundos 47
Los Chaguaramos 52
¿Chucuta? 58
Oficialmente empleado de Lagoven 62
Ta barato 65
El colibrí 71
El cilantro 78
Los domingos 80
Viernes Negro 83
De vuelta a Caracas 86
El Caracazo 90

Parte II: La paradoja 1992-2020 97

El grito de febrero 99
El Banco Aladín 102
Cambio de guardia 104
El país paralizado 107
El último whiskycito 109

El duelo 113
Los raspacupos 116
El Federal 123
El funeral eterno 125
El mirabolsismo 128
La lista negra 131
¡Godverdomme! 135
El hospital sin salida 138

Parte III: Mis recuerdos 143
Bochinche y el chapuzón 145
Cabimas la Cenicienta 153
El sueño negro 161

Sueño negro
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en Editorial Arte
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 500 ejemplares.

NARRATIVA

El aire pesa, denso, caliente, con ese olor a salitre que ya no es del mar limpio, ahora es mineral, aceitoso, el aliento enfermo del Lago mezclado con pólvora, ron y sudor humano.

SUEÑO NEGRO

Desde las barracas obreras de Cabimas y los chalets de Campo Hollywood, hasta los pasillos de Lagoven y la Caracas convulsa de fin de siglo, esta obra explora el impacto del «oro negro» en la vida cotidiana de tres generaciones. *Sueño negro* es una mirada a los acontecimientos que marcaron la historia venezolana de los últimos treinta años a través de los ojos de Albert Van Bochove, un inmigrante que cruza el Caribe buscando un futuro y termina habitando en el corazón de la industria petrolera venezolana, su sentir y sus contradicciones individuales y colectivas.

Carla Zambrano Van Bochove (Maracaibo, 1982)

Es licenciada de Comunicación Social por la Universidad Santa María, especialista en Periodismo Digital por la Universidad Monteávila y magíster en Comunicación y Opinión Pública por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso - Ecuador). Desde pequeña ha presentado una gran afición por la literatura, llenando sus cuadernos con historias que escuchaba de sus abuelos. En 2017 recibió el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en Venezuela, en la mención de Investigación, y en 2022 el Premio Librevista de Ensayo en Uruguay.

9 789800 126721

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]